

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1º Y 15 DE CADA MES

SUMARIO:

G. ZINOVIEFF. — PARLAMENTO Y REVOLUCION. — (Circular del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista).

NICOLAS LENIN. — PROBLEMAS DE LA III.ª INTERNACIONAL. — (Ramsay Mac Donald en torno a la Tercera Internacional).

ENRIQUE FERRI. — LA ORGANIZACION DE LA JUSTICIA EN LA RUSIA DE LOS SOVIETS.

RAPH ALBERTSON. — EL DESASTRE DE ARCANGEL.

ARTHUR RANSOME. — El Comisariado del trabajo.

JACQUES SADOUL. — NOTAS SOBRE LA REVOLUCION BOLSHEVIKI.

LA OBRA CONSTRUCTIVA EN RUSIA. — (El Primer Congreso Pan-Ruso de los Consejos de la Economía Popular. — Discurso de Lenin. — Notas de W. Milinkin).

ERNEST LAFONT. — Contra la intervención en Rusia. — (La horca en Jousovska. — La obra de Denikin. — La censura francesa al servicio de la reacción rusa. — El germanófilo Krasnov favorecido por el Gobierno francés).

Los documentos que se insertan son auténticos

APARECIÓ

el interesante libro de

LEON TROTZKY

El advenimiento del bolshevikismo

Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litovsk)
Carta del autor a los Revolucionarios Franceses

SUMARIO

Prefacio — Los intelectuales pequeño burgueses en la revolución. — Los problemas de la guerra. — La campaña contra los bolsheviks. — La ofensiva del 18 de Junio — Las jornadas de Julio. — Después de las jornadas de Julio. — La insurrección de Korniloff. — La lucha dentro de los Soviets. — La conferencia democrática. — Dificultades en el frente y en las retaguardias. — La inevitable lucha por el poder gubernativo. — La lucha por el Congreso de los Soviets. — El conflicto debido a la guarnición de Petrogrado. — El Soviet democrático y el Parlamento Preliminar. — Los social-revolucionarios y los mencheviks. — Salida del Parlamento Preliminar. — La voz del frente. — Los comisarios del Comité Militar Revolucionario. — La maresaube. — La jornada del Soviet de Petrogrado. — La conquista de los contingentes titubantes. — El principio de la insurrección. — La jornada decisiva. — Los Soviets de los comisarios del pueblo. — Los primeros días del nuevo régimen. — La insurrección de los cadetes oficiales el 29 de Octubre. — La marcha de Kerensky sobre Petrogrado. — El fracaso de la aventura de Kerensky. — Preparativos del interior. — El destino de la Constituyente. — Principios de la democracia y dictadura del proletariado. — Las negociaciones de paz. — Discurso del comisario del pueblo para los Negocios extranjeros. — La segunda guerra y la firma del tratado de paz. — Conclusión

Es la Historia mejor documentada del momento más culminante de la Revolución Rusa.

Precio del ejemplar: \$ 1.—

No se enviará el libro sin que previamente no se remita su importe, acompañado del correspondiente gasto de franqueo.

Los pedidos no menores de 10 ejemplares 25 % de descuento.

En venta en todas las principales librerías, kioskos y en esta administración.

Pedidos a JOSÉ NÓ, Casilla de Correo 1160—Buenos Aires

PROXIMAMENTE APARECERÁ EL LIBRO DE:
NICOLAS LENIN

La obra de Reconstrucción de los Soviets

La disciplina en el trabajo. — Los fines y los medios de la Revolución rusa.
— Democracia y dictadura proletaria.

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

PARLAMENTO Y REVOLUCION

Circular del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional Comunista

Por G. ZINOVIEFF

Estimados compañeros:

La fase actual del movimiento revolucionario ha puesto a la orden del día, en su forma más áspera, entre otras cuestiones, la del parlamentarismo. En Francia, América, Inglaterra y Alemania con el agudizamiento de la lucha de clases, todos los elementos revolucionarios se unen al movimiento comunista, asociándose y coordinando sus acciones bajo la palabra de orden del poder de los Soviets. Los grupos anárquico-sindicalistas y los grupos, que a veces se denominan simplemente anarquistas, se unen a la corriente general. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista saluda este hecho con la mayor satisfacción.

En Francia, el grupo sindicalista del compañero Péricat, constituye el eje del Partido Comunista; en América, parte también en Inglaterra, la lucha por los Soviets es dirigida por organizaciones como la I. W. W. («Industrial Workers of the World»). Tales grupos y corrientes han obrado siempre activamente contra los métodos parlamentarios de lucha. Por otra parte, los elementos del Partido Comunista, surgidos del seno de los partidos socialistas, están generalmente dispuestos a obrar también, en el parlamento (el grupo Loriot en Francia, los miembros del A. S. P. en América, del I. L. P. en Inglaterra, etc.) Todas estas corrientes, que a toda costa y lo más pronto posible, deben reunirse en el Partido Comunista, tienen necesidad de una táctica única. Por consiguiente, la cuestión debe ser definida siguiendo normas generales, y el Comité Ejecutivo de la Internacional Socialista, se dirige a los partidos hermanos con la presente circular, dedicada especialmente a esta cuestión.

En el momento actual, el programa general unificador consiste en el reconocimiento de la lucha por la dictadura del proletariado bajo la forma del poder de los Soviets. La historia ha planteado la cuestión de manera que, precisamente para ella se diferencia el proletariado revolucionario de los oportunistas, a los comunistas de los social-traidores de toda marca. El llamado «centro» (Kautsky en Alemania, Longuet en Francia, I. L. P. y algunos elementos del B. S. P. en Inglaterra, Hilquett en América), es, no obstante todo lo que se afirma, una corriente objetivamente antisocialista, porque no puede y no quiere dirigir la lucha en pro del poder soviético del proletariado. Al contrario, aquellos grupos o partidos que anteriormente negaban toda lucha política (por ejemplo algunos grupos anarquistas), y que ahora reconocen el poder de los Soviets y la dictadura del proletariado, han renegado de su naturaleza antipolítica, porque han reconocido la idea de la asunción del poder por parte de la clase obrera: el poder es necesario para la opresión de la burguesía que resiste. Con esto, lo repetimos, se ha encontrado

un programa común de lucha: la dictadura de los Soviets. Evidentemente, las viejas divisiones en el movimiento obrero internacional, han pasado. La guerra, ha creado un nuevo agrupamiento. Muchos anarquistas y sindicalistas que negaban el parlamentarismo, se han portado durante los cinco años de guerra, de modo tan bajo y traidor, como los antiguos jefes de la social-democracia oficial, quienes llevan inútilmente en sus labios el nombre de Marx. La reunión de las fuerzas se realiza en una nueva dirección; los unos están por la revolución proletaria, por los Soviets, por la dictadura, por la acción de las masas hasta la sublevación armada; los otros están en contra. Esta es la cuestión fundamental de nuestros días. Este es el criterio principal. Las nuevas asociaciones se unirán de acuerdo a estas normas; ya lo están haciendo.

¿Qué relación guarda el reconocimiento de la idea soviética con el parlamentarismo? Aquí es necesario distinguir netamente dos cuestiones que, lógicamente, nada tiene de común entre sí: La cuestión del parlamentarismo, como una forma deseada por el orden estatal, y la cuestión de la explotación del parlamentarismo a favor del desarrollo de la revolución. Los compañeros confunden, con frecuencia, estas dos cuestiones, lo que influye de manera extraordinariamente perjudicial sobre toda la lucha práctica. Discutamos por orden cada una de estas cuestiones, y deduzcamos todas las consecuencias necesarias.

¿Cuál es la forma de la dictadura proletaria? Respondamos: los Soviets. Esto está corroborado por la práctica que tiene un significado mundial. ¿Es posible unir el poder de los Soviets con el parlamentarismo? No, y una vez más no. Es absolutamente imposible unirlos, porque la máquina parlamentaria representa el poder concentrado de la burguesía. Los diputados, las cámaras de diputados, sus diarios, el sistema de la corrupción, las asociaciones secretas de los parlamentos con los directorios de los bancos, su unión con todos los aparatos del estado burgués, son otras tantas cadenas para la clase obrera que deben ser despedazadas. La máquina estatal de la burguesía, y en consecuencia, también, los parlamentos burgueses, deben ser quebrados, arrojados y destruidos. Sobre sus ruinas debe organizarse un nuevo poder, el poder de la unión de la clase obrera de los «parlamentos» obreros, o sea los Soviets. Solamente los traidores de la clase obrera pueden ilusionar a los obreros con la esperanza de una convulsión social «tranquila», realizada sobre el terreno de las reformas sociales. Semejantes personas son las más acérrimas enemigas de la clase obrera, y contra ellas se debe dirigir la lucha más despiadada; ningún compromiso debe contraerse con esas personas. Nuestra expresión para cual-

quier país burgués es esta: ¡Abajo el parlamento! ¡Viva el poder de los Soviets!»

Puede también hacerse esta pregunta: «¿Bien, negáis el poder de los actuales parlamentos burgueses; ¿por qué no organizáis nuevos parlamentos democráticos, sobre la base de un derecho electoral verdaderamente general?» Durante la revolución socialista, la lucha se ha intensificado de tal manera, que la clase obrera debe obrar pronto y resueltamente, sin dar acceso en su campo a sus enemigos de clase, en su organización del poder. A semejantes condiciones corresponden únicamente los Soviets de los obreros, soldados, marineros y campesinos, elegidos en las fábricas, en las oficinas, en las campañas y en los cuarteles. Así se plantea la cuestión de la forma del poder proletario. Ahora debe ser *abatido* el gobierno: Rey, presidente, parlamentos, cámara de los diputados y asambleas nacionales. Todas estas instituciones son nuestros enemigos jurados, y deben ser destruidas.

Ahora pasemos a la segunda cuestión fundamental: «¿Pueden ser explotados los parlamentos burgueses con el fin de desarrollar la lucha de clases revolucionaria?» Esta cuestión no se encuentra, como ya hemos observado, en lógica relación con la primera. En efecto; se puede trabajar para la destrucción de una organización cualquiera, entrando a formar parte de ella, explotándola. Esto lo saben también, muy bien, nuestros enemigos de clase, cuando explotan para sus objetivos a los sindicatos y a los social demócratas ficticios. Tomemos el ejemplo más extremo. Los comunistas rusos, los bolsheviks, participaron en las elecciones para la Constituyente. Efectuaron sesiones en su sala. Pero fueron allí para cerrar después de 24 horas esta Constituyente y para asumir completamente el poder de los Soviets. El Partido de los bolsheviks contaba también, con diputados en la Duma del estado zarista. ¿Ha «reconocido», entonces, a la Duma como forma ideal o al menos soportable del orden estatal? Admitir esto sería una locura. Envió sus representantes, para avanzar igualmente por esa parte contra el aparato del poder zarista, y contribuir a la destrucción de esa misma Duma. No por nada el gobierno zarista condenó a los «parlamentarios» bolsheviks por «alta traición» a la revolución. Los jefes bolsheviks sirvieron aunque en poco de su «Inimidad» realizaron también, una obra ilegal, uniéndose a las masas en el asalto contra el zarismo. Una actividad «parlamentaria» semejante no sólo se observó en Rusia. Tomad a Alemania y la actividad de Liebknecht. El compañero asesinado era el modelo del revolucionario, y había, acaso, algo que no fuera revolucionario en el hecho que él, desde la tribuna del maldito Reichstag alemán, invitase a los soldados a la sublevación contra ese Reichstag? Al contrario. También aquí vemos toda la admisión y la utilidad de la explotación a que nos referimos. Si Liebknecht no hubiese sido diputado, no habría podido realizar una acción semejante; sus discursos no habrían encontrado eco. También el ejemplo de los comunistas suecos en el parlamento es persuasivo. En Suecia, el compañero Höglund desempeñó y desempeña el mismo papel que Liebknecht en Alemania. Sirviéndose de su investidura de diputado, contribuye a destruir el sistema parlamentario burgués; nadie, en Suecia, ha hecho tanto por la causa de la revolución y por la lucha contra la guerra, como nuestro amigo. En Bulgaria, vemos la misma cosa. Los comunistas búlgaros se han servido, con éxito, de la tribuna parlamentaria para propósitos revolucionarios. En las últimas elecciones han obtenido 47 bancas parlamentarias. Los compañeros Blagojev Kirkov, Kolarow y otros jefes del partido comunista búlgaro, saben explotar la tribuna parlamentaria, para servir a la causa de la revolución proletaria. Semblante «trabajo parlamentario» exige un ardor especial y un sobresaliente espíritu revolucionario, pues los hombres ocupan puestos especialmente peligrosos; miran al enemigo mientras se hallan en el campo enemigo; van al parlamento para lograr que llegue a sus manos semejante máquina, para ayudar a las masas que detrás de los muros del parlamento trata de destruir y aventarlo.

«Estamos en favor del mantenimiento de los parlamentos burgueses «democráticos», como forma de administración de Estado?»

No; en ningún caso. Nosotros estamos por los Soviets,

«Estamos por la explotación de estos parlamentos en ventaja de nuestro trabajo comunista, hasta tanto no disparemos de la fuerza para derribar al parlamento?»

Si, lo estamos, por un buen número de consideraciones. Sabemos muy bien que ni en Francia, ni en América, ni en Inglaterra, no existen aún tales parlamentos, sacados del mundo obrero. Ahí no vemos, hasta ahora, más que la traición parlamentaria. Pero esto no prueba que la tática que creemos justa, no lo sea. Se trata únicamente que allí no existía un partido revolucionario del proletariado, del género del de los bolsheviks o del de los espartaquistas alemanes. Apenas surja un partido semejante, todo se podrá cambiar. Es especialmente necesario, que el centro de gravedad de la lucha se halle fuera del parlamento (huelgas, insurrecciones y otras especies de lucha de masa); 2.º que las acciones del parlamento concuerden con esta lucha; 3.º que los diputados realicen también un trabajo ilegal; 4.º que obtengan por encargo del Comité Central y se subordinen a éste; 5.º que en su acción no cuiden de las formas parlamentarias (no teman los encuentros directos con la mayoría burguesa y hablen «por encima de sus cabezas»); 6.º Si se debe participar en las elecciones en un determinado momento, durante cierta campaña electoral depende de un conjunto de condiciones concretas, las cuales deben ser especialmente examinadas en cada país, en un determinado momento. Los bolsheviks rusos estaban por el boicott a las elecciones en la primera Duma en 1906 y estuvieron dispuestos a participar en las elecciones de la segunda Duma, cuando pareció que el poder burgués-feudal continuaría reinando en Rusia aún por muchos años. Antes de las elecciones para la Asamblea nacional alemana, en el año 1918, una parte de los espartaquistas estaba en favor de la participación en las elecciones, y la otra en contra. No obstante, el partido de los espartaquistas se mantuvo unido.

Nosotros no podemos, por principio, eximirnos de explotar el parlamentarismo. El partido de los bolsheviks en Rusia, declaró, en la primavera de 1918, en su séptimo congreso, cuando estaba en el poder, en una decisión especial, que los comunistas podrían verse obligados a volver a la explotación del parlamentarismo burgués, en caso que la democracia burguesa rusa, por un encadenamiento especial de circunstancias, prevaleciera una vez más. También en semejante condición es necesario dejar libertad de movimiento.

Queremos, además, observar lo siguiente: La verdadera solución de la cuestión se hallará en todo caso, fuera del parlamento, en las calles. Desde ahora es evidente que las huelgas y las insurrecciones son los únicos métodos de la lucha decisiva entre el capital y el trabajo. Por consiguiente, las principales aspiraciones de los compañeros deben ser dirigidas al trabajo de movilización de las masas: fundación del partido, formación de grupos propios en las organizaciones y conquista de éstas; organizaciones de Soviets en el curso de la lucha, dirección de la lucha de las masas y agitación para la revolución entre las masas; todo esto en primera línea; acción parlamentaria y participación en la campaña electoral únicamente como medio de ayuda para semejante trabajo, nada más.

«Si las cosas permanecen así — y sin duda permanecerán así — no vale la pena que se produzca la escisión de aquellos países que disienten únicamente en una cuestión tan secundaria»

La práctica de prostituirse en el parlamento era tan indigna que hasta los mejores compañeros tenían sus vacilaciones al respecto. Estas vacilaciones deben ser superadas en el curso de la lucha revolucionaria. En consecuencia nos dirigimos con insistencia a todos los grupos y a todas las organizaciones que dirigen una verdadera lucha en favor de los Soviets, a que se unan estrechamente, a pesar de su disidencia sobre esta cuestión. Todos los que están por los Soviets y por la dictadura del proletariado deben unirse lo más pronto posible y formar un partido con una única compacta.

Con saludos comunistas.

El Presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

G. ZINOVIEFF.

De («Comunismo», números 8 y 9).

NICOLAS LENIN

Problemas de la Tercera Internacional

Ramsay Mac Donald en torno a la Tercera Internacional

En el número 23 del diario social-chauvinista *L'Humanité*, del 14 de Abril de 1919, se ha publicado un artículo del famoso leader del llamado «Independent Labour Party» (léase partido oportunista dependiente de la burguesía) Ramsay Mac Donald. El artículo es tan típico por la posición adoptada por la tendencia denominada «centro», por el primer Congreso de la Internacional Comunista de Moscú, que lo citaremos íntegramente con las notas correspondientes de la redacción.

La Tercera Internacional

Nuestro amigo Ramsay Mac Donald, el leader popular de antes de la guerra, del Partido Obrero en el parlamento británico, en su calidad de socialista y de hombre consciente, consideraba un derecho suyo condenar esta guerra como imperialista, contrariamente a los que la habían saludado como la guerra en pro del derecho.

Por esto el renunció después del 4 de Agosto a su cargo de dirigente del Labor Party, y junto con sus compañeros del «Independent» y con Keir Hardie, a quien todos hemos admirado, no vaciló en declarar la guerra a la guerra.

Para esto se necesitaba no poco heroísmo. Mac Donald ha mostrado con su ejemplo, que el valor, para decirlo con las palabras de Jaurès, consiste en uno someterse a la ley de la mentira triunfante y no prestarse a servir de eco a los aplausos de los agrios y a los silbidos de los fanáticos.

En las elecciones en «gris verde» que tuvieron lugar a fines de Noviembre, Mac Donald fué derrotado por Lloyd George. No obstante, podemos estar tranquilos: Mac Donald obtendrá su desquite en un porvenir muy próximo.

Redacción de la «Humanité».

El surgimiento de las tendencias separatistas en la política nacional e internacional del socialismo, ha sido una desgracia para todo el movimiento socialista.

No es, ciertamente, una desgracia que en el seno del socialismo existan tantas diferencias de opiniones y de métodos, porque nuestro socialismo se encuentra aún en el estadio experimental.

Sus principios fundamentales han sido establecidos, pero el mejor método de sus aplicaciones y combinaciones, que conducirán al triunfo de la revolución, la organización del estado socialista, debe ser discutido, y sobre esto no se ha dicho aún la última palabra. Solamente el estudio profundo de todas estas cuestiones podrá llevarnos a la verdad superior.

Los extremos pueden encontrarse, y una lucha semejante puede ayudar a la consolidación de las opiniones socialistas, pero el mal comienza cuando cada uno mira a su adversario como un traidor, como un creyente a quien le falta la fe y ante el cual las puertas del paraíso del Partido deben cerrarse.

Cuando los socialistas están saturados de espíritu dogmático, semejante al que en tiempos pasados excitó al cristianismo a la lucha civil por la gloria de Dios y por la destrucción del Diablo, la burguesía puede dormir tranquilamente, porque el periodo de su dominación no ha concluido por grandes que sean los éxitos locales o internacionales del socialismo.

En el momento actual nuestro movimiento encuentra desgraciadamente sobre su camino, un nuevo obstáculo: en Moscú se ha fundado una nueva Internacional.

Personalmente lamento este hecho, porque la Internacional Socialista se encuentra actualmente abierta a todas

las opiniones socialistas, y a pesar de todos los desacuerdos teóricos y prácticos generados por el bolshevismo, no existe razón alguna para que su ala izquierda deba separarse del centro y crear un grupo independiente. Primeramente debemos recordar que atravesamos un periodo de nacimiento de la revolución. Las formas de gobierno, nacidas de las devastaciones políticas y sociales producidas por la guerra, no han soportado aún todas las pruebas y no pueden considerarse como definitivamente establecidas.

La escoba nueva barre al comienzo muy bien, pero no se puede decir de inmediato como barrerá en el futuro. Rusia no es Hungría, Hungría no es Francia, y Francia no es Inglaterra, y por consiguiente, todo aquel que lleve la escisión en la Internacional, basándose en el experimento de una nación cualquiera, demuestra una criminal mediocridad de espíritu.

«¿Cuánto cuesta el experimento ruso? ¿Quién puede responder a esto? Los gobiernos de la Entente temen darnos la posibilidad de una información completa. No obstante, dos cosas sabemos.

Ante todo sabemos que la revolución no ha sido realizada por el actual gobierno ruso, según un plan preestablecido. Se ha desarrollado según el plano de los acontecimientos. Comenzando la lucha con Kerensky, Lenin pidió la convocatoria de la Constituyente. Los acontecimientos lo condujeron a la disolución de la Constituyente. Cuando en Moscú estalló la revolución socialista nadie sospechaba que los Soviets habrían podido ocupar en el gobierno el lugar que ocupan.

Más tarde, Lenin, con razón, persuadía a los húngaros que no se separaran de Rusia, sino que dieran a la revolución húngara la posibilidad de desarrollarse libremente, según sus propias leyes.

El desarrollo y el éxito de los experimentos a los cuales asistimos, no deberían, en ningún caso, crear escisiones en el seno de la Internacional.

Todos los gobiernos socialistas necesitan la ayuda y el consejo de la Internacional y la Internacional debe seguir sus experimentos con mirada crítica y atenta.

He sido recientemente crítico a un amigo, que tiempo ha vivió a Lenin que ninguno critica tan libremente al gobierno de los Soviets como Lenin mismo.

Si los desórdenes y las revoluciones de la post-guerra no justifican la escisión, ¿es acaso justificada ésta por la actitud que han asumido ciertas fracciones socialistas durante la guerra? Debo reconocer sinceramente, que en este caso se podría encontrar una justificación más lógica. Si en realidad existe algún pretexto para la escisión en la Internacional, la cuestión ha sido malamente planteada en la conferencia de Moscú.

Yo pertenezco a los que sostuvieron que la discusión en la Conferencia de Berna sobre la cuestión de la responsabilidad de la guerra ha sido «solamente una concesión hecha a la opinión pública del ambiente no socialista».

En la conferencia de Berna no solamente no se podía tomar sobre esta cuestión una decisión, que hubiera tenido cierto valor histórico (aunque también hubiera podido tener cierto valor político), sino que la cuestión misma no ha sido planteada como se debía.

La condena de los mayoritarios alemanes (condena que ha sido justa y a la cual me he asociado), no podía servir de explicación de las causas de la guerra.

Los debates de Berna no han sido acompañados por la discusión acerca de la posición que han adoptado los otros socialistas en la cuestión de la guerra.

Los congresos internacionales no han suministrado ninguna línea de conducta, obligatoria para todos los socialistas en tiempo de guerra. Todo lo dicho por la Internacional ante la guerra, consistía en esto: que cuando la guerra tiene un carácter de defensa nacional, los socialistas deben unirse a los otros partidos.

¿A quiénes deberíamos condenar en semejantes condiciones?

Muchos sabíamos que estas decisiones de la Internacional no tenían un significado preciso, y no podían servir de guía práctica.

Sabíamos además, que esta guerra concluiría con la victoria del imperialismo, y no siendo ni pacifistas, ni anti-pacifistas, en el sentido común del término, no hemos asociado a una política, según nuestro ánimo, solamente compatible con el internacionalismo. Pero la Internacional nunca nos ha prescrito una conducta semejante.

He aquí porque cuando estalló la guerra, la Internacional sufrió un fracaso. Perdió su autoridad y no tomó ninguna decisión sobre cuyas bases hubiésemos podido tener el derecho de condenar a todos aquellos que honestamente siguieron las resoluciones de los Congresos internacionales.

Por consiguiente, actualmente debemos defender el siguiente punto de vista: en lugar de separarnos por las discordias suscitadas por los acontecimientos pasados, buscaremos de crear una Internacional verdaderamente activa, que ayudará al movimiento socialista en el período de la revolución y de la reconstrucción, en que hemos entrado.

Es indispensable restablecer nuestros principios socialistas. Es indispensable echar los fundamentos seguros de la conducta socialista internacional. Si nos dividiéramos esencialmente acerca de estos principios, si no llegáramos a un acuerdo sobre la cuestión de la libertad de la democracia, si nuestras opiniones sobre las condiciones necesarias para que el proletariado pueda asumir el poder, fueran definitivamente opuestas, si, en fin, se esclareciera que la guerra ha intoxicado con su veneno imperialista a diversas secciones de la Internacional, entonces la escisión sería posible.

Pero no obstante, no creo que tal desgracia pueda sobrevenir.

Por ello lamento la publicación del manifiesto de Moscú que considero prematura y, ciertamente inútil, y espero que mis compañeros franceses, sobre los cuales durante los últimos malditos cuatro años llovieron tantas calumnias, no se rendirán ante ese impetu de impaciencia y no cooperarán por su parte, a la ruptura de la solidaridad internacional.

De lo contrario, sus hijos deberán restablecer de nuevo esta solidaridad, si el proletariado está destinado un día a gobernar el mundo.

RAMSEY MAC DONALD.

El autor de este artículo, como el lector ve, se esfuerza en demostrar la inutilidad de la escisión. Al contrario, su inevitabilidad resulta de la manera con que razona Ramsay Mac Donald, típico representante de la Segunda Internacional, digno compañero de Scheidemann, Kautsky, Vandervelde, Branting, etc. El artículo de Ramsay Mac Donald ofrece el mejor ejemplo de las frases gentiles, resonantes, populares y aparentemente socialistas, que en todos los países avanzados del capitalismo sirven para ocultar la política burguesa en el seno del movimiento obrero.

Comenzaremos por el menos importante, pero más característico. El autor, como Kautsky en su folleto «Dictadura del proletariado» repite la mentira burguesa, de que en Rusia nadie previó el lugar de los Soviets, como si los bolcheviques hubieran emprendido la lucha con Kerensky únicamente en nombre de la Constituyente.

Esta es una mentira burguesa. En verdad el 4 de Abril de 1917, primer día de mi llegada a Petrogrado, publiqué el programa que reclamaba la República de los Soviets, y no la república burguesa-parlamentaria. Lo he repetido muchas veces en tiempo de Kerensky en la prensa y en las reuniones. El partido de los bolcheviques lo ha declarado solemnemente y oficialmente en las decisiones de su conferencia, el 26 de Abril de 1917.

No conocer esto, significa no querer conocer la verdad

sobre la revolución socialista en Rusia. No querer comprender, que la república parlamentaria-burguesa con la Constituyente es un paso hacia adelante en comparación a esa república sin la Constituyente, y que la República de los Soviets son dos pasos hacia adelante en comparación con éstas, significa cerrar los ojos sobre la diferencia que existe entre burguesía y proletariado.

Lamarse socialista y no ver esta diferencia dos años después que la cuestión ha sido planteada en Rusia y un año y medio después de la victoria de la revolución de los Soviets, significa permanecer obstinadamente aprisionado por la opinión pública no socialista, o sea, por las ideas y la política burguesas.

Con semejantes hombres, la escisión es necesaria e inevitable, porque no se puede hacer la revolución socialista de brazos con aquellos que se arrastran tras de la burguesía.

Y si hombres como Ramsay Mac Donald o Kautsky, etc. no saben superar una «dificultad» tan pequeña, consistente en conocer los documentos relativos a las relaciones de los bolcheviques con el poder de los Soviets y sobre la manera cómo se ha planteado esa cuestión antes y después del 7 de Noviembre, no debemos, claramente, esperar de tales hombres la presteza y la capacidad necesarias para superar las dificultades incomparablemente más grandes con que se tropieza en la verdadera lucha por la revolución socialista.

No existe peor sordo que aquel que no quiere oír.

II
Pasemos a la segunda mentira, la más importante entre las innumerables falsedades de que llenan el artículo de Mac Donald, el cual, por otra parte, encierra más mentiras que palabras.

Ramsay Mac Donald afirma que la Internacional antes de la guerra de 1914-18 ha dicho solamente que «cuando la guerra presenta el carácter de defensa nacional, los socialistas deben unirse con los demás partidos».

Esta es una monstruosa e incura tergiversación de la verdad.

Todos saben que el manifiesto de Basilea de 1912, fué aceptado por unanimidad por todos los socialistas y únicamente éste, entre todos los documentos de la Internacional, se refiere a la guerra entre los grupos alemán-ingleses, de los depredadores imperialistas; guerra que en 1912 se preparaba, evidentemente, y que estalló en 1914. Precisamente sobre esta guerra el manifiesto de Basilea ha dicho tres cosas; callándolas Mac Donald actualmente, comete el más grande delito contra el socialismo y demuestra que con hombres como él es necesaria la escisión, porque de hecho sirven a la burguesía y no al proletariado.

Estas tres cosas son las siguientes:

La guerra que amenaza no puede ser unánimemente justificada por los intereses de la libertad nacional.

Los obreros cometerían un delito si en esta guerra tiraran unos contra otros; la guerra conduce a la revolución proletaria.

He aquí las tres verdades fundamentales que olvidándolas — no obstante haberlas suscripto antes de la guerra — Mac Donald de hecho pasa del lado de la burguesía contra el proletariado, demostrando de tal manera que la escisión es necesaria.

La Internacional comunista no llegará a la unión con los partidos que no quieren reconocer esta verdad y que no son capaces en la práctica de obrar con prontitud y capacidad para inculcar estas verdades en la conciencia de las masas.

La paz de Versalles ha demostrado también, a los agrios y a los ciegos, e igualmente a la masa de los míopes, que la Entente ha sido y ha permanecido siendo tan sanguinaria y feróz imperialista como Alemania. Únicamente los hipócritas y los mentirosos, que traducían conscientemente la política burguesa al movimiento obrero, podían no verlo; únicamente los agentes directos y empleados de la burguesía, los *labor lieutenants of the capitalist class* como dicen los socialistas norteamericanos, o sean los hombres que se han sometido de tal manera a las ideas burguesas y a la influencia burguesa, que son socialistas únicamente de palabra, pero de hecho *pequeños-burgueses*, filisteos, apologistas del capitalismo. La diferencia entre la primera y segunda categoría es importante del punto de vista de las

personas o sea desde el punto de vista de la estima individual de los socialistas chauvinistas de todos los países. Para la política, o sea, desde el punto de vista de las relaciones entre millones de hombres, entre las clases, esta diferencia no es esencial.

Los socialistas, que durante la guerra de 1914-18, no han comprendido que ésta era criminal, reaccionaria, rapaz e imperialista tanto de parte de uno como del otro bando en lucha, son socialistas chauvinistas, socialistas de palabra, chauvinistas de hecho; amigos de palabra de la clase obrera, pero de hecho, lacayos de la burguesía de su nación, a la cual ayudan a engañar al pueblo, presentando como «nacional», «libertadora», «defensiva», «justa», etc.,

La Organización de la Justicia en la Rusia de los Soviets

Por ENRIQUE FERRI

He escrito con vivo interés lo que el profesor Reissner ha escrito sobre este asunto.

Invitado a comunicar mis impresiones, debo ante todo; señalar que en el mencionado escrito no se dan noticias precisas sobre cómo funciona, quién la administra, qué normas usa la justicia de la Rusia actual, en esos «tribunales revolucionarios», que apenas son mencionados por Reissner.

Sobre esto, precisamente, que hubiera sido la parte más interesante y concreta, no puedo decir nada.

En cuanto a las ideas generales expresadas por Reissner, me parece que ellas, una vez precisadas y mejor aclaradas, son substancialmente aceptables.

En la primera parte dice que la teoría y la práctica tradicional, desde Montesquieu, sobre la división de los poderes de Estado (legislativo, ejecutivo, judicial) no existe en la República de los Soviets, porque «semejante división corresponde a la organización del estado burgués». No dice cómo y quién (¿acumulativamente?) ejercita no sólo el poder legislativo (Soviet), sino también, el judicial (¿los mismos Soviets?) y el ejecutivo. Que esta división de poderes correspondía a la organización y a los fines del Estado burgués históricamente es exacto.

También es un hecho que la «división del trabajo social» es un resultado natural de la progresiva complicación de la vida social. El jefe de la tribu primitiva puede ser legislador, juez ejecutor; pero apenas la tribu se extiende (por aumento de la población, sujeción de los vencidos, etc.), ella no puede hacer todo y delega sus poderes a los jefes militares y sacerdotes que la circundan. Y así gradualmente hasta la actual división de los poderes constitucionales.

Existe, pues, en la observación de Reissner algo que no debe olvidarse en esta formación o división natural, que será inevitable — por cuanto debe regularse diferentemente — también en el régimen socialista, pues en ella la vida social continuará complicándose y no podrá volver a la simplicidad primitiva.

Lo que existe de cierto en esa observación es que también en la división de los poderes ha concluido por ser un instrumento de consolidación del régimen político que el tercer estado (la burguesía) ha substituido, con su revolución, al régimen feudal.

La doctrina marxista del materialismo histórico, que en *Socialismo y Ciencia positiva* (Roma, 1895) llamé la fórmula transformada en uso común, del «determinismo económico», explica como sobre la base de los hechos económicos reposan todos los demás hechos sociales (políticos, jurídicos, morales, artísticos, etc.) Agregué dos consideraciones: 1.ª que el hecho económico, no es a su vez, una causa absolutamente primera, sino que es el resultado de las condiciones telúricas y de las aptitudes y energías de

la guerra entre los grupos imperialistas anglo-alemanes, igualmente sucios, venales, sanguinarios, criminales y reaccionarios.

La unión con los social-chauvinistas es la traición a la revolución, la traición al proletariado, la traición al socialismo, es la conversión a la burguesía, porque esto significa «la unidad» con la burguesía nacional de su país contra la unidad del proletariado revolucionario internacional, la unidad con la burguesía contra el proletariado.

La guerra de 1914-18 ha demostrado definitivamente lo que precede. ¿Quién no lo ha entendido, permanezca en la «Internacional amarilla» de los social-traidores de Berna! (Continuará).

todo pueblo que vive en esas condiciones geográficas de territorio; 2.ª que los fenómenos sociales que germinan en el terreno de los hechos económicos tienen una relativa autonomía en su propio desarrollo, donde, hasta cierto límite, pueden también encontrarse en contraste con el hecho económico determinante.

Cuando este contraste llega a su límite extremo, sobreviene esa crisis social de crecimiento que se llama revolución.

El tercer estado — o sea los burgueses vivientes a los pies del castillo feudal y de la iglesia, donde imperaban el primero y el segundo estado (aristocracia y clero) — cuando, desde el siglo XIV en adelante, se desarrolló y se esforzó económicamente con el desenvolvimiento del comercio y de la industria, llegó a encontrar que el orden legislativo, judicial y político del régimen feudal era incompatible con sus condiciones económicas, y entonces hizo su revolución, primero en Inglaterra, bajo otro aspecto en Norte América) y luego, de modo decisivo, en Francia desde 1789 en adelante.

Actualmente, a comienzos del siglo XX, el poder judicial en las democracias burguesas, como bien hace notar Reissner, se ha convertido en «el defensor de los intereses exclusivos de la clase dominante», puesto que ésta es una ley histórica inevitable: toda conquista revolucionaria concluye por consolidar un *status quo*, pues es ley sociológica que «todo progreso efectuado es un obstáculo a los progresos futuros».

En la Rusia de los Soviets, al abatir el régimen zarista, cuyo poder judicial era ciertamente, un instrumento reaccionario de dominación (mientras por ejemplo en Norte América existen jueces elegidos por el pueblo, a pesar de hallarse bajo el régimen capitalista), se ha comprendido dice Reissner, que «se necesita tener jueces, que agan traducir fielmente la conciencia jurídica popular, y que no interponen su propio derecho, sino el de las mismas masas populares».

Lo mismo ha sucedido con la revolución burguesa en Francia. Contra las leyes y los jueces, que juzgaban en forma diferente según la casta, aristocrática eclesiástica o popular, a la cual pertenecían los litigantes o los acusados, la burguesía revolucionaria impuso la norma de que «la ley es igual para todos»; no en el sentido de un nivelamiento natural, — porque así como en un bosque no existen dos hojas idénticas, tampoco existen dos hombres perfectamente iguales entre sí, — sino en el sentido de que frente a la ley no deben existir privilegios de casta.

Esta norma revolucionaria poco a poco se alejó de sus orígenes, y la justicia de clase se ha consolidado al cimentarse el régimen capitalista.

Es natural, en consecuencia, que la Rusia de los Soviets saltando — casi directamente, con la breve intercalación de la Duma — de la aristocracia zarista a la república so-

cialista, haya quebrado la incrustación superpuesta al pueblo en defensa de la clase dominante.

En la segunda parte del artículo de Reissner se habla de «verdad, justicia y derecho en la república socialista».

Reissner se ocupa casi exclusivamente de la justicia civil y bien poco de la justicia penal. Concluye que en el régimen anterior «el derecho ha sido completamente separado de la vida real, y colocado por encima de ella misma y puesta a la disposición absoluta del poder estatal. Lo que puede afirmarse, sin temor de exagerar, es que el derecho ha sido transformado en una especie de monstruo a quien se le debe sacrificar todo».

Exactísimo. También Manzoni, antes de los Soviets, había dicho: «una fuerza forzosa tiene el mundo, y se llama derecho».

La ley de formación natural del derecho, que ya he delineado, es esta: el hombre viviendo en sociedad tiene necesidades, como individuo (conservación de sí mismo) y como miembro de la comunidad (conservación de la especie). El pan y el amor son las dos necesidades fundamentales.

Toda necesidad tiende a su propia satisfacción, por ley biológica.

La necesidad permanente se transforma en interés: el interés tiende a convertirse en derecho, o sea a adquirir la fuerza de coacción de la colectividad. Tomemos, por ejemplo, el «derecho de huelga» en la segunda mitad del siglo XIX. El código penal italiano de 1859 juzgaba como delito el sólo y simple hecho de la huelga, así fuera pacífica.

Los trabajadores tienen interés en que la fuerza de trabajo se valore socialmente lo más posible, porque así podrán satisfacer mejor las necesidades fundamentales del pan (o sea las condiciones de la vida material) y del amor (o sea las condiciones de la vida familiar y social).

Para valorizar su fuerza de trabajo la huelga, aún cuando se limite a un simple cruce de brazos, es una arma potente y decisiva, especialmente si se adopta a tiempo y por motivos no coercitivos y con la disciplinada solidaridad a fin de que los anillos formen una cadena. Los trabajadores lucharon para transformar su interés y holgar en el derecho de huelga.

Y esto fue lo que obtuvieron desde el movimiento carlista de Inglaterra. El código penal italiano de 1850 no pena más al hecho de huelga (lo reconoce como un derecho, por lo tanto el ciudadano tiene derecho a hacer lo que no está prohibido por la ley penal); pena, solamente, las violencias o amenazas en que se incurren durante una huelga.

Pero lo malo es que esta ley de la formación natural del derecho tiene una fase ulterior: la necesidad se transforma en interés; el interés se convierte en un derecho, pero el derecho, una vez conquistado, tiende a transformarse en privilegio.

Todas las clases que han conquistado el dominio económico, y por consiguiente, político en las sucesivas épocas históricas, han comenzado por proclamar que sus intereses debían transformarse en derechos de todos. Con esto se aseguraron la cooperación revolucionaria de otras clases dominadas y oprimidas. Pero una vez conquistado el derecho, la clase dominante concluye por convertirlo en privilegio propio.

Tiene, pues, razón Reissner al decir que en Rusia (como en todas partes) el derecho se había transformado en una especie de monstruo a quien debía sacrificarse todo».

Es natural que la Rusia de los Soviets haya proclamado «la justicia y el derecho proletarios» porque, como dice justamente Reissner: «La cuestión que se plantea es la siguiente: ¿el derecho y la justicia deben existir en nuestra república? La respuesta no puede ser más que afirmativa».

Es así: el derecho, como dijo Ardigò «es la fuerza específica de la sociedad», como la gravedad es la fuerza específica de los cuerpos, como la vida es la fuerza específica de los organismos vivientes, como la psiquis es la fuerza específica de los animales, inclusive el hombre.

No puede existir sociedad sin derecho (consuetudinario o escrito en las leyes).

Por consiguiente, en la República de los Soviets, dice Reissner, «puesto que el orden socialista todavía no se ha realizado de manera definitiva, se ven surgir todos los días cuestiones (división de este o aquel otro bien, justa repartición de los impuestos y de los gravámenes, solución jurídica de los conflictos) cuestiones que desaparecieron ciertamente, con el triunfo final del socialismo». Vale decir que en la República de los Soviets existe acualmente «un derecho en formación».

Aquí, como se ve por los ejemplos citados por Reissner, en el paréntesis de referencia, se trata particularmente de la justicia civil (división de los bienes, distribución de los impuestos, etc.)

Por lo que se refiere a la justicia penal, Reissner, aun hablando poco, expresa conceptos exactos, que coinciden con los que la escuela criminal positiva sostiene desde hace cuarenta años. Dice: «nosotros estamos obligados a reconocer que la necesidad de una repartición justa existirá todavía durante mucho tiempo en nuestra sociedad y justo a ella la necesidad de justas penas».

Aquí se trata de penas a garantías y sanción de la justicia civil (repartición justa). Luego existen las penas para los verdaderos y propios delitos, o sea el verdadero y propio «derecho penal», respecto del cual Reissner sostiene, justamente, así como para la justicia civil, que no se puede abandonar todo «a los poderes judiciales locales y populares», pero debe ser regulado, en sus normas fundamentales, por el poder central. «Una legislación central es necesaria para abolir el antiguo código penal y para acudir en ayuda de la fuerza creadora del pueblo en sus nuevas tendencias».

Resulta de tal manera la cuestión de un poder legislativo y judicial central, Reissner señala, en pocas palabras, los caracteres de la justicia penal en un régimen socialista, diciendo justamente: «El derecho penal contemporáneo no representa solamente una simple aplicación de la justicia. La escuela positiva ha dicho, con las palabras de Garfalo (no sospecho de tendencia socialista), que la «justicia en el derecho penal es una palabra impropia», porque el derecho penal no ejercita más que una función de defensa social contra el virus de la delincuencia, como el manicomio del virus de la locura y el hospital del virus epidémico, etc.»

Dice justamente Reissner: «El derecho penal está en gran parte, destinado a otros objetivos: a enmendar al delincuente y devolver a la sociedad un miembro que ha tomado el camino del vicio y del delito. En este caso no basta apoyarse solamente en la justicia pura. Es necesario tener, también, conocimiento, experiencia, instrucción: factores todos estos que no se encuentran más que en el centro... Desde este punto de vista, la actividad judicial debe ser centralizada».

De lo que se deduce que la «conciencia popular» únicamente, no puede bastar para la justicia penal, sino que se necesitan conocimientos técnicos acerca de las causas personales (orgánicas y psíquicas) y sobre las condiciones antisociales, que impulsan al delito; es necesario saber distinguir y tratar a los delincuentes según sean curables o incurables (como los locos en el manicomio), porque no todos, pero sí la mayoría de los delincuentes — cuando sean tratados no bestialmente como hasta ahora — poseen la capacidad de transformarse en ciudadanos útiles a la comunidad.

Finalmente, Reissner dice que: «los tribunales populares deben tener plena libertad en la interpretación del derecho; pero la legislación penal, y en cierta medida, también la antigua legislación civil, deben ser regulado por el centro, bajo forma de leyes generales de la República Socialista» (1).

También este es un principio que la escuela criminal positiva siempre ha sostenido; en la ley debe existir la norma.

(1) Se trata del mismo concepto sostenido por Deslignères — *Projet de code socialiste* (Paris, 1908) — pero que en la parte penal, permanece atrasado, frente a las innovaciones propuestas por la escuela criminal positiva. N. del A.

una genérica (que diga a los ciudadanos lo que les está y lo que no les está permitido hacer) y pero la aplicación de la norma legal al individuo viviente debe ser librada a la libertad del juez, que adapte la sanción a las condiciones personales del acusado.

Solamente cuando se tratan de hechos de justicia penal creo que «los tribunales populares» no son órganos adaptables a la función técnica en el tratamiento de los delincuentes. Y por esto soy contrario al sistema de los jurados (excepto para los delitos de índole político-social). El juez penal debe ser un técnico elegido por el pueblo (como en Norte América) o nombrado por el poder central. Así no se podría, por medio de «tribunales populares», decidir si un individuo es insano o no debe recluírse en el manicomio, si un cólerico debe aislarse en el lazareto, y así sucesivamente.

Como se ve, en las conclusiones de Reissner se reconoce, una vez más, otra ley histórica: que una revolución no puede (como pensaba Bakunin) «destruir todo para reconstruir todo».

Existen en la actual civilización instituciones jurídicas cuya conservación sería útil, como existen (mayormente), en el campo de las invenciones técnicas o industriales.

El verdadero problema radica, tanto para la organización económica, como para la organización judicial, en ver cuáles instituciones son hojas secas que deben eliminarse del árbol de la vida social y cuáles, en cambio, son todavía órganos vitales con capacidad suficiente para adaptarse al nuevo régimen.

Roma, 14 de Diciembre de 1919.

ENRIQUE FERRI.

El desastre de Arcángel

(De la revista norteamericana «The New Republic», del 19 de Noviembre de 1919).

En Agosto de 1918, varios grandes transportes cargados con tropas y acompañados por unidades de la flota de guerra, echaron cautelosamente humo con rumbo a los diques de Arcángel. Los bolshéviks sabían anticipadamente que aquellos estaban por llegar, y por ello sus establecimientos de la gran industria y los almacenes fueron trasladados por ferrocarril y agua, y a las tropas, traídas para la defensa se les refirió la llegada del enemigo.

Todas las mercaderías fueron enviadas a puntos bastante lejanos y seguros para ser utilizadas en el futuro por el gobierno del Soviet. Como estos majestuosos buques navegaron en la entrada del río Dvina, llevando a la cola el último de los oficiales bolshéviks fuera de la estación de Arcángel, y el Norte de Rusia fue colocado en un estado de guerra.

La guerra comenzó propiamente. Nosotros fuimos enviados a defender los almacenes. Por seis meses fuimos designados entre los nuestros como los «defensores de los almacenes de Arcángel». Los almacenes fueron tomados por partidarios de Alemania. Teníamos la obligación de perseguir a este enemigo. Lo hicimos. Pero no lo conseguimos; tampoco conseguimos los almacenes, y el prematuro invierno ruso llegó y nos sorprendió arrojados a siete puntos, a semejanza de siete dedos que distarían uno del otro a trescientas millas de largo, y sin que exista una comunicación lateral entre los dedos. Llevando a estas líneas fuera de nosotros, perdimos hombres, y aprendimos algo acerca de nuestro desconocido enemigo; no nos hemos descorazonado, pero no aprendimos nada, en cambio, en lo que respecta al importante problema de una campaña de invierno en Rusia. Esperamos aprenderlo por experiencia.

Los británicos nos enseñaron. Los británicos mandaban. Su comando era absoluto, naturalmente.

Quizás el Departamento de Guerra conozca cuántos consejos tomaron del antiguo comando Americano. Quizás esto no sea importante. (Pero sería de gran interés para los soldados americanos que se encontraban aquí). La responsabilidad árrea sobre los británicos que se creyeron con derecho a decidir donde deberíamos estar, cuando y cómo debíamos movernos y qué debíamos hacer.

El invierno fue casi totalmente empleado en la defensiva. Los bolshéviks se reunieron espontáneamente en considerable número.

Poseyendo todos aquellos preciosos almacenes, rifles, artillería, municiones y todos los implementos necesarios, atacaban, en número y armas siempre superiores a sus enemigos. Algo nos han hecho retroceder debido a la violencia de su artillería.

Nos dieron motivo para que respetemos su sagacidad militar y sus cualidades de luchadores. Pero les castigamos tan severamente, que sus ganancias les resultaron temiblemente costosas. Seguían ganando, y no era una mera jactancia cuando afirmaban que nos arrojarían sobre el Mar Blanco al aproximarse el verano.

En cada encuentro los azotábamos.

Pero escribo estas líneas en el cuarto de fumar de una gran línea de defensa británica en el Mar Blanco; hay muchas más líneas de defensa aquí, y estamos evacuando tan pronto como nos es posible, y todas aquellas viejas posiciones desde las cuales peleábamos están igualmente, en poder de los bolshéviks, quienes nunca ganaron una simple batalla.

Hay causas que determinan lo que acontece tan completamente importantes y decisivas como las retiradas en las batallas. La primera de éstas fué un pobre negocio.

Por esto, no me remito a la técnica militar, ni soy un simple repetidor de los gruñidos estereotipados en las canciones de los soldados.

Esta expedición debe llamarse, más bien, matanza militar.

Habia que demostrar la necesidad de realizar una expedición de esta especie destinada a transformar en problemas sociales y políticos estos problemas tan importantes, quizás más aún, que las prácticas meramente militares.

La dirección de esta campaña ha ignorado todas las circunstancias sociales y políticas que podrían haber contribuido a su éxito o derrota y desbarró estúpidamente todas las veces que se plantearon los problemas, imposterablemente en el frente. Y los desastres militares eran tan evidentes, que, en parte, fueron abiertamente reconocidos y están registrados hoy en el Ministerio de Guerra.

Hay relación directa entre ésta y la segunda causa del desastre, o sea el repudio de la campaña por una parte de los soldados.

Yo no digo menoscabo de la moral, porque el término sería mal comprendido. Nuestros hombres pelearon. Nuestra infantería nunca perdió un pie del suelo. Pero odiaban la lucha, peleaban resentidos, sin causa.

Hice en Diciembre un viaje y hablé con los hombres; la I. M. C. A. (Asociación de Jóvenes Cristianos) aloja tropas sobre una extensión de 500 verstas.

En todas partes, en todo momento, fui interpelado e importunado con esta pregunta: «¿Por qué estamos aquí?»

«¿El armisticio está firmado ¿para qué peleamos?»

«¿Se olvidaron de nosotros en París?» «¿Nosotros no queremos apoderarnos de Rusia?» «¿Qué tenemos contra los bolshéviks?»

Naturalmente, yo trataba de contestar a estas pre-

guntas, pero me era más fácil convencerme a mi mismo que convencer a los soldados.

No se convencieron que yo supiera. Las tropas americanas y canadienses se mostraban especialmente resentidas al hacer la guerra y emplearse en una lucha fútil contra nadie y por nada, particularmente cuando en el resto del mundo había cesado la guerra.

Una causa real de este gran desastre fué, por consiguiente, el silencio de nuestros gobernantes. Yo no sabía contestar a las preguntas de los soldados. Nadie, entre quienes visitaban a los soldados sabían contestarles. ¿El gobierno aparentemente no deseaba proseguir la lucha? ¿Por qué no quería hablar?

Cuando por primera vez llegué a Arcángel noté en todo el pueblo una admirable fe en Wilson. Me he



NICOLAS LENIN

Dirigiendo la palabra en un mítin

maravillado como todos los rusos podían conocerle tanto. Estaban en antecedentes de todo lo que él había dicho. Sabían que él estaba al frente del mundo.

Yo quedé perplejo pensando si en la casa donde reside Wilson se sabía tanto. Gran cantidad de retratos del Presidente Americano fueron hechos y se ostentaban profusamente en la ciudad y en toda población. Un día fui llamado por el editor de un periódico ruso. El conocía algunas palabras inglesas y yo algunas rusas.

El retrato de Mr. Wilson colgaba encima de su escritorio.

«El amigo del pueblo ruso» me dijo, señalando el retrato, y contemplándolo le aparecieron lágrimas en los ojos. Volviéndome hacia mí dije rápidamente: «es el único hombre de todo el mundo que puede salvar a Rusia». Deduci de sus dificultades que a esta fe obedecía, en parte, la razón por la cual los bolsheviks respetaban y temían a Mr. Wilson.

Este hombre figuraba en la lista negra de los bolsheviks.

Su papel era radicalmente el de un socialista; empero desconfiaba completamente de los resultados de la expedición Aliada. Pero creía en Mr. Wilson.

«Mr. Wilson, hablará pronto», dijo, «y entonces toda Rusia le seguirá».

Esto era en Diciembre último.

En el mes de Junio encontré a este editor en Arcángel. Su casa e imprenta habían sido ocupadas por los bolsheviks. Su rostro reflejaba una tristeza patética. Habléme de la desesperación universal del pueblo. Le hablé con vehemencia acerca de la Liga de las Naciones. Ella curaría las injusticias, llegaría a ser guía e instrumento de la salvación. Pero no obtuve respuesta a estas palabras de aliento y esperanza.

«Hemos perdido a Mr. Wilson y no hay esperanza». «Pero después de haber sido destruidos en una loca y desesperada lucha, Rusia se levantará sobre sus ruinas y señalará el camino de la verdadera democracia».

En el mes de Mayo, el general Milner, comandante ruso en Arcángel, lanzó una proclama invitando a todas las personas que simpatizaran con los bolsheviks a salir de Arcángel dentro de un plazo perentorio, ofreciéndoles trasladarlos a las líneas bolcheviques y dos días de ración, y amenazando con penas severas a todos aquellos que dejaran de salir. Todos los bolsheviks habían partido cuando nosotros llegamos. Ninguno había sido autorizado a entrar desde que la campaña comenzó. ¿Cómo, entonces, los bolsheviks consiguieron entrar y cómo consiguieron relacionarse oficialmente como si estuviesen en Arcángel (eran número). La única respuesta correcta es la siguiente: ellos con sus actos habían incrementado las simpatías por los bolsheviks en Arcángel. Algunos de éstos tomaron raciones por dos días y cruzaron la línea, el comandante ruso ordenó tirar a un número de ellos; pero otros se acogieron bajo el comandante británico, quien encontró amplio fundamento a su teoría de que si se rasca a un ruso se hallará un bolshevik.

Estos numerosos bolsheviks fueron hechos en Arcángel. Fueron hechos por los militaristas británicos, por los monárquicos rusos y por los propagandistas bolsheviks.

Cuando llegamos nosotros Arcángel se encontraba bajo el gobierno de Tschaiowsky.

Estaba compuesto por hombres verdaderamente democráticos; pero el gobierno no era democrático. Era la hechura de la Intervención Militar. Estos demócratas habían pedido la intervención pero se arrepintieron de ello casi inmediatamente y antes que el armisticio fuera firmado estaban ya disgustados de su pacto. La soldadesca estaba igualmente disgustada. No ha venido a Arcángel a establecer una democracia ni a alentar el socialismo ni a escuchar sus teorías. Ellos vinieron a pelear contra los germanos, y los bolsheviks «a defender los almacenes en Arcángel». Fuera de esto la soldadesca consideraba que no tenía nada que hacer si el venerable Tschaiowsky fué gradualmente apartado e ignorado mientras un gobierno militar ruso creció bajo la égida de la Intervención Militar, compuesto de monárquicos y militares de la vieja escuela, quienes fueron más lejos aun que lo deseado por la Intervención Militar.

Los trabajadores y campesinos comprendieron que Tschaiowsky, en quien creyeron, era apenas una figura decorativa, mientras el viejo régimen comenzó a levantar soberbiamente la cabeza. Comprendieron claramente que la Intervención Militar gustaba de los monárquicos, a quienes les otorgó su absoluta confianza, les proveyó de dinero y de otros medios.

Gradualmente se dieron cuenta que sin América la Intervención Militar colocaría al Zar.

La forma de obrar de los bolsheviks en Arcángel

no ha estado de acuerdo al enfado de la teoría Americana sobre los procedimientos bolsheviks, incitados no por el hambre, pues Arcángel estaba alimentada, ni por la caridad, sino por el trabajo. Abundancia de trabajo, primer pago y amplia provisión.

El primer gran paso en el proceso para hacer bolsheviks fué la conscripción de hombres destinados al ejército.

Esto no se efectuó hasta que hubo una amplia oportunidad para todo el mundo de sentar plaza voluntariamente, pero no todo él era voluntario.

El punto de vista ruso y el nuestro diferían completamente en esta materia.

Nosotros habíamos emprendido la lucha contra los bolsheviks contentos de ello. Nuestros hombres y oficiales, por otra parte, declararon que era absurdo suponer que diesen mucho que hacer mientras «los perzozos rusos se quedaban en casa». Así entró en vigor la conscripción.

Primeramente se llamó a un pequeño número de jóvenes, después a uno más considerable, y, finalmente, a todo hombre hábil desde los 17 a los 50 años. Aquí comenzó una distinta historia. Aquí comenzó nuevamente la guerra, una verdadera guerra.

El nuevo estado de cosas llamado Intervención Militar o Ayuda Aliada o cualquier otra cosa, había demostrado ser el mismo viejo estado de cosas que Rusia conocía tan bien y que el campesino del Norte de Rusia no deseaba.

Ya en Enero algunas de estas compañías movilizadas en Shenkursk se pasaron a los bolsheviks.

La supresión de todas las expresiones de interés en Rusia por «la nueva fundación de la libertad» fué un estúpido desatino.

Estaban prohibidas las reuniones públicas, no se abría discusión con respecto a las cuestiones políticas, no existía una libertad de prensa real. Los soldados rusos fueron amedrentados por cantar la Marsellesa y obligados a cantar las inocuas, aunque hermosas canciones populares del viejo régimen, dejando para el uso exclusivo de los bolsheviks el canto de las muchas canciones excelentes celebrando la libertad y la revolución.

Los británicos nunca se dieron cuenta que el ruso ama apasionadamente estas canciones de la libertad, porque sus fuentes de información y sus consejeros eran solamente los elementos monárquicos y reaccionarios colocados por ellos en el poder.

He sabido que un simple estilo de estas canciones libertarias tuvo por efecto producir un pánico entre las gentes que temieron que ello significara una nueva revuelta.

Y he visto a un crecido número de soldados rusos responder con vehemente placer cuando su oficial, un amigo mío con quien he conversado al respecto, dijoles temerariamente, que podían ir más allá para cantar las llamadas canciones bolsheviks. Esto acontecía hacia las postrimerías del capítulo de la Intervención Militar.

La ausencia de toda clase de procedimientos democráticos y de experiencia política por la Intervención Militar, acarrió graves consecuencias. Después de un año de Intervención Militar un miembro de un Zemstvo díjome: «Nosotros no hemos hecho progreso en el gobierno». Hemos perdido territorio. Esto hubiera sido peor con los bolsheviks.

El pueblo bajo la Intervención Militar se sintió privado de su libertad, que había esperado tan largamente y poseído durante tan poco tiempo.

La creencia que los bolsheviks les hubiera privado igualmente o peor de esas libertades, los confortaba por algún tiempo, pero este confortamiento iba desapareciendo cada vez más en razón directa con la permanencia de la Intervención.

La movilización del ejército se acompañaba con la movilización de trabajo. Crecía en mayor escala la conscripción del trabajo.

Los conscriptos fueron considerablemente empleados en construcciones, en cargas y descargas, transportes, y en todos los otros trabajos ostensiblemente peligrosos que acompañan a los militares. Estos movilizados

para la labor destructiva eran sacados de sus ocupaciones del campo cuando podían ser separados de ellas sin que corriera peligro la cosecha.

Pero no se les tomaron en cuenta para las necesidades Militares de la Intervención.

La Intervención estuvo aquí todo el invierno y consumió todos los alimentos existentes en la región. Este año debía levantarse una cosecha importante o perecerse de hambre.

La cosecha fué buena debido a una pequeña causa: la movilización del trabajo. Y aquellos campesinos «ignorantes» pueden referir lo que significa para ellos la Intervención Militar que deja tras de sí algunos inútiles rublos de papel.



ANATOLIO LUNATCHARSKY

Comisario del Pueblo para la Instrucción Pública

El concepto financiero de la Intervención Militar, concebido con las mejores intenciones, quizás, y que debiera favorecer, es de presumirse, los intereses de los rusos y tender a su felicidad despertó muchas suspicacias y amarguras entre los campesinos y soldados.

Habiendo sido el país alimentado con el papel moneda de Kerensky y los bolsheviks, era imposible darle algún valor; por lo tanto, se emitieron nuevos rublos, los llamados «rublos ingleses». Cuyo valor mínimo fué garantizado a base de los depósitos de suscripción del Banco de Inglaterra. Pero los paisanos no se in-

teresaron por ello. Rehusaron entregar sus viejos rublos en cambio de los nuevos.

Fué necesario tomar medidas de fuerza. Se aplicó una cédula de depreciación de todos los rublos viejos.

Mientras los rublos ingleses fueron garantizados al 40 olo de la libra, todo el dinero de oro viejo ruso como los campesinos lo llamaron, bajó, recorriendo una escala quincenalmente de 48 a 50 a 65 a 72 a 80 a 90, después de lo cual no tuvo ningún valor. Se esperaba, naturalmente, que todo el pueblo aprovecharía la oportunidad así ofrecida de disponer de dinero despreciado, y la región tendría, como resultado, una circulación perfecta de algún valor internacional.

Entonces, habiéndose dado cuenta que tenía una fortuna en mano, merced a los viejos rublos, la Intervención Militar pagaba a sus soldados rusos y los trabajos civiles con estos viejos rublos que había dispuesto sacar de la circulación, al mismo tiempo hacía imposible el tener el gasto de este dinero en algún empleo que le favoreciera sin que aprovechara a los recursos de la Intervención Militar.

Muchas veces he visto a soldados rusos romper esta vieja moneda, con la cual se les había pagado y arrojársela críticamente al suelo por no poder comprar nada con ella.

La vieja moneda todavía estaba en circulación. Cuando alcanzó a 80 avos se intentó aun acelerar su proceso de depreciación.

El viejo papel de «Nicolás» ha desaparecido de la circulación, y en los primeros días de Agosto los campesinos preferían generalmente, los viejos rublos al 80 que no el nuevo al 40.

Y existía difundida una convicción general entre la gente rusa, esto es, que la Intervención Militar, tomó todo ese valor de los viejos rublos, y, por algún procedimiento misterioso los depositó en su propio bolsillo.

La ejecución de sospechosos multiplicó los bolsheviks como hongos. Los procesos inquisitoriales de los líderes rusos de la Intervención Militar se asemejaban tanto a los canalleros procedimientos del viejo régimen que fué suficiente para disipar todas las ilusiones acerca de la Intervención Militar que podrían aún quedar en la mente de los habitantes de la región.

Cuando noche tras noche el ejército sacaba las hornadas de víctimas, era prohibido a los civiles transitar por las calles. Millares de oídos escuchaban el rati-tat de los carros de artillería, y los diarios de la mañana no podían contener todos los rumores que circulaban y que la población recibía en el proceso regular del universal cuchicheo sobre los asuntos locales.

Los detalles eran bien conocidos. Alguien los había visto. Alguien, también, sabía quien iba a ser incluido en la hornada de la noche. Estos pequeños grupos charlaban y discutían libremente la virtud de las cazas y las cargas.

La Intervención Militar trató de prevenir esto, pero no lo pudo.

Cada víctima tenía amigos. Estos amigos a su vez tenían sus amigos que rápidamente se transformaron en enemigos de la Intervención Militar. Y esta enemistad, naturalmente, difundió el bolshevikismo. Hasta la Intervención Militar estaba inquieta.

Yo he presenciado y puedo testimoniar la angustia de una señora cuyo esposo y padre fueron puestos en prisión por sospechosos.

Los dos obtuvieron recompensa de honor en la guerra contra Alemania. El esposo fué herido.

La sospecha de simpatía por los bolsheviks por la cual fueron arrestados, se basaba en pretextos fútiles. La señora no pudo visitarlos.

No pudo, por más tiempo, aguantar todas las noches el rati-tat. Fué arrestada a los pocos días antes que yo dejara Arcángel, por haber dicho algo así como que la Intervención Militar no podía quedar más; otra bolshevik.

Si los soldados, a quienes hemos organizado, equipado y pagado para luchar contra los bolsheviks se pasaban, en compañías enteras, con armas y bagajes a los bolsheviks, la causa no residía en la virtud de

alguna añagaza o recompensa que se les haya concedido.

La causa era nuestro estúpido concepto sobre ellos como «puercos», (adjetivo favorito aplicado a los rusos por la mayoría de los oficiales británicos), y el empleo de tales métodos de administración y de control en nuestra intervención Militar, que eran demasiado familiares en los viejos tiempos del Zarismo.

Nada hicimos por ganar sus corazones o su confianza. Hemos destruido todas las ilusiones con respecto a nosotros, y ellos se convirtieron en «Bolsheviks».

Naturalmente, los soldados ingleses y americanos no se hacían bolsheviks, pero daba espanto oírles a veces, sus exclamaciones de simpatía por los bolsheviks y sus protestas contra el objeto y las prácticas de la Intervención Militar.

Esto era lo más común entre los americanos y canadienses del ejército de invierno, y casi general entre el nuevo ejército que llegó de Inglaterra a finalizar la obra.

Oh tanto tales protestas del nuevo ejército, que me convencí que podrían dar a la Intervención Militar los mismos dolores de cabeza que los rusos.

Un caballero que profesaba mucha simpatía por la obra de la Intervención Militar estaba leyendo una noche en Arcángel en una audiencia, algo sobre: «¿Por qué estamos nosotros aquí?». Su lectura había sido cuidadosamente preparada por el Departamento Intelectual y era considerada, salvo el motivo, de lo más excelente. Después de la lectura a la concurrencia se le dió oportunidad de plantear algunas preguntas, y entre ellas hubieron del siguiente tenor: «¿Aspira Inglaterra a conquistar el puerto de Murmansk?». «¿Obtuvo un sindicato británico el control de la industria de madera en Arcángel?». «¿Quién cobró la cantidad que supera al nuevo rublo?». «¿Estábamos tratando aquí de establecer una monarquía en Rusia?». Proveniendo esto de jóvenes británicos era demasiado.

El Departamento Intelectual envió a la mañana siguiente algunas palabras manifestando que estas lecturas serían suprimidas en adelante, pues las tropas necesitaban más entrenamiento y expansiones, y entonces comenzaron los motines.

A principios del año fueron pocos los tumultos de conscriptos en Shenkursk, Murmansk y Touglas, pero todo se desenlazó ahora era completamente otro asunto. En Troitzta, Onega, Pinega, Oberzser-Kaya y sobre el camino de Murmansk, nuestros soldados rusos se amotinaron, matando a sus oficiales y pasándose a los bolsheviks.

Entonces, naturalmente, las autoridades británicas no podían tomar medidas represivas contra los revoltosos, sino fusilar a los restantes soldados rusos sospechados de traición. Lo hicieron con brutalidad inaudita, pero no dejé de citar uno de ellos escondido al pueblo ruso.

La tempestad británica llegaba. Ellos eran soldados, y preparados para alguna batalla que podría ser considerable. Pero fusilar en el lecho a los propios soldados, esto no es claro. Esto no es guerra. Esto no implicaba coraje. El ejército tenía un bastante valor. Pero estaba próximo a suicidarse; llevarlos al frente significaba conducir a traidores.

Era evidente un día que en el camino que da sobre el frente un nuevo motin se estaba urdiendo. Todos los hombres de aspecto sospechoso fueron llevados a un tren y desarmados.

Un guardia iba a través del tren y contaba a los hombres; de cada diez apartaba a uno para fusilarlo, sin ningún proceso previo. Los hombres no se habían amotinado, pero ellos podían amotinarse, y algo había que hacer.

Se me refirió otra compañía sospechosa de ochenta rusos.

Los oficiales británicos del comando les dijeron que optaran por declarar quienes eran los cabeceñas, o, en su defecto, serían fusilados en masa.

Bajo el temor de esta amenaza 15 de los 80 hombres fueron nombrados y fusilados sin proceso previo.

Así comenzó el desastre. Pero si es importante la

labor de obtener en una expedición fuera de un país, mucho más importante debe obtener en cuanto a sí. Esas cantidades de municiones y de provisiones deben transportarse o destruirse. Es necesario destruir fortificaciones, quemar puentes, levantar vías ferroviarias, quebrantar todas las facilidades del enemigo.

Los civiles deben evacuar, y todos los servicios anejos al ejército, con sus vastos y diversos almacenes, deben ser dispuestos para cada emergencia.

La cosa era sencilla y podría cumplirse con alguna probabilidad de éxito, sobre todo a lo largo de los dedos de esta expedición, hasta que un pequeño y repentino acontecimiento, la había librado de los bolsheviks, obligados a someterse a su moral y a aumentar la propia, empeorada por el asunto de Troitsa.

Sobrevino un acontecimiento repentino, felizmente en uno de los puntos de los dedos de que hablamos, costándonos más hombres que cualquier otra batalla en el Norte de Rusia; una de las más tardías retiradas comenzó desde Moscú.

Ahora había algo completamente peculiar en esta retirada de los puntos de los dedos en el Norte de Rusia.

No fuimos perseguidos. Los bolsheviks sabían que nos habíamos retirado. Parecía que ellos observaban nuestros planes. Querían que nos fuéramos, pero no nos daban caza.

Los bolsheviks tuvieron poco que hacer como causantes de esta retirada. Esta retirada fué forzada por los conscriptos, soldados y el pueblo del Norte de Rusia, que deseaban que los ingleses se fueran, y era tan sincero este deseo en ellos, que se reflejaba en todos sus rostros su preferencia, a pesar de todos sus riesgos, de la «dictadura del proletariado», y el odio desenfrenado de toda persona enemiga a la protección inglesa.

Un maestro de escuela de quien yo sabía que estaba incluido en la lista negra bolshevik, me dijo en Julio: «Tenemos deberes con Rusia. Los bolsheviks podrán gobernarlos o matarnos, pero nuestro deber es para

Rusia. Los ingleses tienen que irse». La asamblea del Congreso del Trabajo en Solombola aprobó una resolución encareciendo la inmediata evacuación del territorio por los británicos, y por esto fué rápidamente disuelta por el ejército, y bajo el pretexto de hacer propagandistas bolsheviks.

Pero se estaba de retirada. Cada embajada recibió órdenes de su gobierno de dejar con todos sus ciudadanos, bolsas y bagajes, y como escribo en los primeros días de Septiembre, los veo como huyen de algo pestilento: núcleos tras núcleos; las embajadas y consulados franceses, italianos, chinos, serbios, japoneses, y a la J. M. C. A. y (Asociación Cristiana de Jóvenes), Y. W. C. A., (Asociación Cristiana de Mujeres), misiones militares, burgueses rusos y algún número de ciudadanos emprendedores de empresas del país están evacuando, ordenada, forzadamente enviados afuera.

Los militares precedieron, acompañados y seguidos. Circulaban rumores de que el Congreso del Trabajo continuaba reunido por odio al ejército, y que ahora se ha vuelto con los jefes militares cuyas simpatías monárquicas eran bien conocidas, y fueron informados que deben hacer la paz con los bolsheviks y que habría habido algún bullicio en Solombola.

Dos soldados británicos han sido apaleados mortalmente en las calles por los rusos. Otros rusos fueron fusilados por sospechosos de simpatizar con los bolsheviks.

Como nuestros buques fueron empujados fuera del puerto, grandes fuegos rompieron el vasto maderaje que se extiende sobre ambas márgenes del río; los trabajadores estaban cansados, naturalmente, del sabotaje bolshevik, y un enorme palio de humo negro se levantaba durante días sobre la escena de ésta, la más desgraciada de las expediciones, como un siniestro emblema de la ruina y del odio que dejábamos tras de nosotros, y como un símbolo de la cólerica protesta del cielo contra nuestra estúpida culpa, de no comprender al pueblo ruso.

Ralph Albertson

El Comisariado del Trabajo

Esta mañana, he ido al Comisariado del Trabajo a ver al Comisario del Pueblo, Smidt.

Smidt es un hombre joven, bien afeitado, inteligente, cuyo espíritu de orden y de método se refleja en su comisariado que, en contraste con el de los Negocios extranjeros, es extremadamente característico y bien organizado. Le digo que estoy muy interesado en conocer su respuesta a las acusaciones formuladas al mismo tiempo por los mensheviks y por los extremistas de la izquierda; quienes pretenden que el contralor obrero ha pasado a ser letra muerta, y que llegará un tiempo en que los sindicatos se alzarán contra las organizaciones del Estado.

—Estas acusaciones y sugerencias, responde Smidt, son excelentes pretextos para tratar de crear una agitación, pero los primeros en retirarse serán los mismos sindicatos. El Comisariado, por ejemplo, que es el verdadero centro obrero, está directamente controlado por los sindicatos. Como Comisario del Trabajo, he sido electo directamente por el Consejo general de los sindicatos. De los nueve miembros de la Comisión que controla todo lo hecho por el Comisariado, cinco son elegidos directamente por el Comité general de los sindicatos y cuatro son designados por el Consejo de los Comisarios del Pueblo. Una mayoría decisiva corresponde, así, a los sindicatos en todas las cuestiones

concernientes al trabajo. El nombramiento de los nueve Comisarios es ratificado por el Consejo de los Comisarios del Pueblo representante del Estado, y la designación de Comisario del Pueblo es ratificada por el Comité Ejecutivo pan-ruso.

Naturalmente, el contralor por los trabajadores tal como se realizaba antes, ha llevado rápidamente a muchos absurdos y ha disgustado a ciertos elementos extremistas; ha sido considerablemente modificado. Se han dado cuenta rápidamente que los trabajadores de una fábrica particular pueden no tomar en cuenta más que sus propios intereses, dañar a la comunidad íntegra y, finalmente, a ellos mismos.

La manera como estas modificaciones se han realizado es un ejemplo interesante de la forma, mediante la cual, sin influencia de tanques, ni de aeroplanos, ni de bayonetas, las concepciones teóricas del comunismo han sido modificadas por la vida.

Se ha partido del punto de vista que, puesto que la fábrica se ha convertido en propiedad, no de los obreros que allí trabajan, sino de la comunidad misma, esta comunidad debe participar, en una forma considerable, en la administración y en la dirección. Y esta manera de ver tiene por efecto impedir que los especialistas, los técnicos y los directores estén a merced de una asamblea prematuramente reunida de obreros que pueden,

sin comprenderlo bien, desaprobar algunas de sus disposiciones.

Así, el Consejo administrativo y económico de una fábrica nacionalizada está compuesta de representantes del personal comercial y obrero, de representantes del alto personal comercial y técnico, de los directores de fábricas (que son nombrados por la Dirección central de las fábricas nacionalizadas), de los representantes del Consejo local de los sindicatos, del Alto Consejo Económico, del Soviet local, del sindicato de la industria particular, a la cual pertenece la fábrica, conjuntamente con un representante del Soviet de las cooperativas y un representante del Soviet de los paisanos del distrito en el cual la fábrica se encuentra situada.

En este Consejo, los representantes del personal empleado y obrero de la fábrica no pueden contar más que con la mitad de sus miembros. Son atribuciones de este Consejo el orden interior de la fábrica, las quejas de toda especie y las condiciones morales y materiales del trabajo, etc. Sobre las cuestiones de carácter técnico, él no tiene más derecho que el dar su parecer.

La víspera de mi visita a Smidt, el quequero Finberg vino a mi cuarto a jugar una partida de ajedrez. Estaba muy agitado. Llegaba directamente de un mitin del sindicato a que pertenece, (sindicato de los empleados de oficina, de los empleados de comercio y de los empleados de administración y públicas), donde había una mayoría en contra de los bolsheviks después de una áspera discusión sobre esta cuestión particular.

Según Finberg, la verdadera base del descontento se encuentra en la falta de viveres, pero las críticas formuladas, desde luego, habían tomado la forma de una protesta contra el ofrecimiento de las concesiones contenidas en la nota de Chicherin del 4 de Febrero, porque estas concesiones son concesiones hechas al capitalismo extranjero y entrañan la formación en Rusia de centros capitalistas que podrán extenderse; pues se había dicho, enseguida, que los comunistas mismos, por sus modificaciones en el control de los trabajadores, están en tren de establecer el capitalismo de Estado en lugar del socialismo.

Hablo de este sindicato con Smidt y le pido me explique su hostilidad. Rie y me dice: «Primeramente, este sindicato no es completamente un sindicato de industria, pues comprende precisamente, a hombres cuyos intereses no son idénticos al de los trabajadores. En segundo lugar, abarca a todos los viejos empleados de los ministerios y de las administraciones públicas que, como recordarán, abandonaron sus empleos después de la Revolución de Noviembre y, en muchos casos, se llevaron la caja con ellos. Retornaron a la larga y, si bien no están dispuestos a trabajar abiertamente contra la Revolución, guardan una buena parte de su viejo rencor contra nosotros y, como lo veis, las cosas que criticaron en la tarde de ayer son precisamente aquellas que no les conciernen particularmente. Todo argumento els es bueno. Saben bien que, si hacen huelga sostenida, ellos no nos causarían más que leves dificultades, nada más. Si deseáis conocer la actitud de los sindicatos, debéis consultar a la Central sindical. Veréis que están completamente de acuerdo con nosotros, y os pintará un cuadro muy diferente de la situación. Ella sabe bien que, en todas las cuestiones concernientes al trabajo, los sindicatos tienen un voto decisivo. Os he dicho que los sindicatos designan la mayoría de los miembros de la comisión que controla el trabajo del Comisariado. Añadiré que los 3 departamentos más importantes: la protección del trabajo, la distribución del trabajo y los salarios, son enteramente controlados por los sindicatos».

«¿En qué medida el Comisariado está afectado por la política?»

«De ningún modo. La política no tiene nada que hacer con nosotros, justamente porque nosotros somos directamente controlados por los sindicatos y no por ningún partido político. Los mensheviks, los maxima-

listas y otros, han trabajado y trabajan aún en el Comisariado. Pero si un hombre es un adversario declarado de la Revolución, nosotros no lo tendremos aquí, porque trabajará contra nosotros en lugar de ayudarnos».

Le pregunto si piensa que los sindicatos serán llamados a desaparecer ante los organismos sovietistas. Esto no es su parecer, pues, al contrario, los sindicatos se han desarrollado regularmente durante la Revolución. Me dice que un gran cambio se está operando. Los sindicatos de oficios se han refundido en los sindicatos de industrias para impedir todo conflicto entre las diversas secciones de una misma industria. Así, los caldereros y los herreros no tienen sindicatos separados, pero se hallan unidos en el sindicato de los metalúrgicos.

«Esta unificación tiene su efecto sobre las reformas y los cambios. Un aumento de salarios por ejemplo, es simultáneo en toda la Rusia. El precio de la vida varía mucho en las diferentes partes del país, estando calculado que existe una tan grande diferencia, entre los climas de las diferentes regiones, como entre los diversos países de la Europa, una uniformidad absoluta en los aumentos sería grandemente desfavorable a unos y muy ventajoso a otros. El aumento es, por consiguiente, proporcional al costo de la vida. Moscú es tomada como base, y, cuando un nuevo mínimo de salario es establecido en Moscú, los otros distritos aumentan sus mínimos proporcionalmente. Una tabla ha sido elaborada sobre la base de 100 para Moscú. Petrogrado está inscrita con 120, Voronege y Koursk con 70, y así siguiendo».

Hablamos del nuevo programa de los comunistas, cuyo bosquejo acaba de aparecer en los diarios en vista de la discusión, y me muestra sus propias proposiciones en lo que concierne a las cuestiones del trabajo. Desearía que el programa comprendiera, entre otras cosas, un desenvolvimiento nuevo de la maquinaria, particularmente en las industrias malsanas y desagradables, el mejoramiento de la inspección sanitaria, la disminución de la jornada de trabajo en las industrias nocivas a la salud de los trabajadores, la prohibición de trabajar para las mujeres embarazadas (salvo si se trata de un trabajo muy ligero), la prohibición absoluta de todo trabajo durante las ocho semanas precedentes al parto y las ocho semanas que le siguen, la supresión de todo trabajo suplementario, etc.

«Hemos sobrepasado ya, nuestro viejo programa y el nuevo se extiende lejos ante nosotros. Rusia es el primer país del mundo donde todos los trabajadores tienen quince días de vacaciones por año; aquello que realizan trabajos insalubres y peligrosos tienen un mes».

«¿Pero no encontraréis, le digo, que el voto de una ley dista mucho de su realización?»

Smidt me responde sonriendo: «En algunas cosas, ciertamente. Por ejemplo, nosotros somos contrarios a todo trabajo suplementario, pero, en el estado actual de Rusia, sería sacrificar a una teoría el bien de la Revolución si no admitiéramos ni estimularáramos, por ejemplo, el trabajo suplementario en los talleres de reparaciones de los medios de transportes. De la misma manera, hasta tanto las cosas se desenvuelvan más completamente que ahora, seríamos esclavos criminales de la teoría, si no admitiésemos, en ciertos casos, jóvenes de menos de 16 años en las fábricas, mientras no estemos en condiciones de edificar escuelas en todas las partes donde quisiéramos. Pero el programa es éste, y, en la medida en que puede ser realizado, lo realizamos».

Arthur Ransome.

Del libro «Seis Semanas en Rusia en 1919», edición francesa.

Notas sobre la Revolución bolshevik

Petrogrado, 29/11 de Noviembre de 1917.
M. Albert Thomas, diputado (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo:

Y las novedades falsas o verdaderas circulan siempre. Se desea saber por qué Kerensky, cuyas tropas están a las puertas de la ciudad desde ayer, aplaza su entrada. Desespera e indigna a sus últimos admiradores. Su popularidad está en baja horriblemente. Se sospecha que este sentimental hablador, este eterno vacilante hablará todavía, tributará siempre y se comprometerá con el enemigo, quiero decir, con los bolsheviks. Mientras tanto, la caída de los insurrectos a todos les parece próxima. Las fusilerías han comenzado. Los destacamentos bolsheviks se dejarían desarmar y se escaparían lastimosamente ante los jóvenes junkers reunidos por el comité de salud pública. Los junkers han reconquistado durante la mañana, algunas administraciones, particularmente la oficina central de teléfonos, sobre Morskain, a dos pasos del Instituto Francés y a cien metros de la Misión.

Ludovic Nadeau almorzó en casa. Habitualmente triste, se encuentra actualmente lúgubre. A su parecer, «ha terminado para nosotros». No cree ni en Kerensky, ni en el remedio Savinkof-Kaledin. Prevé la descomposición, la anarquía creciente, el hambre, los progroms. Esto es bien desagradable convivir. Cree en la medida ligera en que se permite creer en alguna cosa, que la triste experiencia de la libertad que acaba de hacer Rusia la arrojará pronto en brazos de un dictador. Pero, como yo, piensa que sería insensato crear artificialmente un movimiento reaccionario.

Temer más que todo en la tontería que cometerían los aliados dejando a Rusia, sea permitiéndole tratar con Alemania, que no tardaría en abastecerse en mercancías y hombres (esoy seguro que en algunos meses los alemanes organizarán contra nosotros algunos centenares de miles de hombres que nosotros no hemos dirigido contra ellos), sea que ellos mismos concluyan a expensas de Rusia, una paz que le separaría de nosotros y que la arrojaría toda enteramente en brazos de Alemania, a los cuales las clases dirigentes rusas están muy dispuestas a abandonar.

Mi tesis homeopática sobre la curación, o más exactamente sobre la atenuación posible del mal bolshevik, por el remedio bolshevik, le interesa vivamente. Titubeo tanto menos al comprobar que Nadeau es considerado como un juez sano de las cuestiones rusas. El va a examinar mi punto de vista. Además, desde ayer, las sonrisas y las indignaciones que acogían mis argumentos se atenúan, y desde ahora he encontrado algunos cómplices preciosos que están comprometidos que, por desagradable que sea el remedio y por insuficiente que parezca, deberemos resignarnos a absorberlo, porque no existe otro. Llego a la Misión en plena batalla. Poco peligroso desde luego. Se tira un poco por todas partes. Auto blindados recorren las calles, tirando no se sabe por qué, sobre no importa dónde. De la Garokhovaya a la Misión, recorro una centena de me-

tros atrás y veo uno de estos autos, armado de una ametralladora y de diez fusiles, detrás de los cuales brillan los ojos feroces y cuyos cañones, que pasan sinistramente, apuntan un segundo o dos, dos o tres veces sobre mi pecho. No tengo el coraje de arrimarme detrás de una puerta, como lo hacen los transeúntes, más habituados que yo a este ejercicio, y yo he pasado un minuto extremadamente desagradable.

Bajo nuestras ventanas, cuatro pequeños junkers, bellos de diez y seis años, son muertos. Los bolsheviks dejan allí los cadáveres, pero desean llevarse las botas. Nosotros nos vemos obligados a intervenir. Calle Gogol, esquina Gorokhovaya, un fuerte destacamento bolshevik es tonado con los junkers que defienden los teléfonos. En la velada, los bolsheviks llevan el asalto al edificio. Sé de fuente oficiosa que, desde la mañana, se han muerto de cuatrocientos a quinientos junkers. He pasado en casa de Destreé, ministro de Bélgica, algún tiempo después del medio día. A él, además le ha llamado la atención la oportunidad y la necesidad por mí demostrada de una experiencia menschieg-vikt-bolshevik. Como yo mismo y menos respetuosamente, se asombra de que, antes o durante la insurrección, los aliados hayan ignorado el bolshevismo, o más aún, no hayan conocido las maniobras con ayuda de las noticias de policía. Siente que algunos socialistas occidentales no mantengan un contacto permanente con aquellos medios que no pueden evidentemente ser frecuentados, todavía, por los personajes oficiales y donde no serían admitidos ni los reaccionarios ni los mismos moderados. Lo reptó. Después del 25 de Octubre, no he visto ningún francés, periodista o no, en el Smolny, y desde antes de ayer, creo ser el único extranjero que ha sido admitido en el cuartel general de los insurrectos.

Y por lo tanto, es útil estar exactamente informado y seguir por mucho tiempo, día día, en el sitio mismo, la acción de estos hombres, descubrir entre ellos a los traidores a comprar o a suprimir, los locos a aislar y los soñadores vueltos a la realidad.

Pero no se ha deseado nada, no se hizo nada. Para parecer más equitativo, diré si queréis, que nuestra acción es invisible en sus medios y en sus resultados.

Cuando he llegado aquí, hace ya un mes, se me había aconsejado energicamente evitar a Dan, Thernof, para quien yo tenía cartas por muy rojos y sospechosos. Y algunos días después, antes que yo tuviera tiempo de encontrarlos, estaban casi descalificados por demasiado rosados y demasiado tibios.

Nosotros no sabemos prever. Cuántas críticas fuera de lugar, pensaréis, en boca de un recién llegado a Petrogrado, y que debía, a lo sumo, mirar y callarse! Vanamente he intentado permanecer silencioso.

Si yo no os digo más, es porque sé que mis cartas no os llegan directamente.

JACQUES SADOUL

La obra constructiva en Rusia

El Primer Congreso Pan-ruso de los Consejos de Economía Popular
(Mayo de 1918)

«No hay duda, que a medida de las conquistas de la revolución de Octubre nos llevan más lejos, a medida que la transformación que ella ha iniciado vaya ahondándose, a medida que las conquistas de la revolución social y la afirmación del orden socialista sean más sólidos, más grandes y más elevados será la misión de los Consejos de Economía Popular, los cuales deberán en el futuro, entre todas las instituciones del Estado, conservar su estructura más firme a medida que disminuya la necesidad de una

maquinaria puramente administrativa, de una maquinaria que no sirve más que para gobernar».

Esta maquinaria está destinada una vez que la resistencia de los explotadores sea definitivamente despedazada, una vez que los trabajadores hayan aprendido a organizar la producción socialista, este instrumento de administración en el sentido estricto de la palabra está destinado a perecer, y la maquinaria del tipo del Consejo Superior de Economía Popular estará destinado a crecer, a desarro-

lirse y consolidarse, adaptándose siempre más, a la función más importante de la actividad de la sociedad organizada».

N. LENIN.

(Discurso en el Congreso).

a) Notas de W. Miliukin.

I

El 1.º de Diciembre de 1917, el Comité Central Ejecutivo de los Soviets de los delegados obreros, soldados y campesinos, publicaba el decreto sobre el Consejo Superior de Economía Popular.

Cinco meses y medio después, el 26 de Mayo de 1918, tenía lugar la sesión del primer Congreso de los Consejos de Economía Popular.

El Consejo había reunido 250 delegados (de los cuales 103 con voto decisivo y 149 con voto consultivo). Los delegados habían llegado de 78 distritos de gobiernos y de provincias. Había representantes no solamente de las regiones centrales y septentrionales, sino también, de Siberia, de los Urales, del Turkestan, de Arkhangelsk, de Astrakhan, de Vitebsk y de Vladivostok, de todos los grandes centros, tanto de los más lejanos como de los más cercanos. Los representantes más conocidos de la administración moderna de la vida económica asistieron al Congreso.

Estaban representados todos los Consejos regionales de Economía Popular (del Norte, de Moscú, de los Urales, del sud, del oeste, de la Siberia occidental, del Volga), 20 Consejos de Economía Popular de los gobiernos; en fin, los territorios en los cuales no se han formado aún los Consejos de la Economía Popular ante los Soviets; tenían delegados las uniones profesionales, las organizaciones de abastecimiento y de las cooperativas obreras.

El Congreso demostró ser el indicador vivo del trabajo realizado durante esos cinco meses, y de la independencia de acción que se había manifestado localmente en la creación de la nueva maquinaria administrativa y de la vida económica del país. Por medio de la revolución de Octubre, el proletariado de Rusia se había planteado el problema de la realización de su dictadura no solamente política, sino también, económica.

Destruyendo todo, debía crear y edificar; el proceso de creación se realizaba en condiciones increíblemente difíciles y penosas.

Crear nuevos métodos de administración económica y edificar, con este propósito, las organizaciones correspondientes, también en las condiciones ordinarias no es una misión fácil, puesto que es necesario vencer no solamente una serie de obstáculos de orden técnico y material, sino también la inercia y el conservatismo en las ideas, en las concepciones y en las nociones; en suma, todas las viejas costumbres.

Y no solamente nuestros enemigos y adversarios, que por su posición y por su psicología de clase no ven, no sienten y no comprenden, nada más que los golpes que ellos aportan y la destrucción del orden capitalista tan querido por ellos, sino que existen entre nosotros quienes frecuentemente son incapaces de desembarazarse de las viejas rutinas y nociones y tomar el nuevo camino de la reconstrucción.

Estas dificultades, se entiende, se agigantan enormemente en las condiciones económicas y políticas actuales.

Sin embargo, como lo ha demostrado este Congreso, tenemos en nuestras manos una maquinaria capaz de reconstruir el viejo edificio económico, no solamente en el centro, sino, lo que es más importante, localmente; tenemos órganos ramificados que abrazan todos los extremos de nuestra actividad económica.

II

Los trabajos del Congreso pueden ser divididos según su contenido en tres partes:

1. Análisis y examen de la posición económica actual de Rusia. A esto se refiere el examen de la situación interna en su conjunto y en los diferentes ramos de la vida

económica, además de su situación internacional, especialmente en relación al tratado de Brest-Litovsk.

2. Determinación del programa económico más urgente.

3. Elaboración de una serie de proyectos y propuestas prácticas para la organización y administración de la vida económica (administración de las empresas nacionalizadas, intercambio de mercaderías, construcción de las maquinarias agrícolas, Consejo Superior de la Economía Popular, etc.).

Una serie de relaciones y de intercambio de miras, además del intercambio de experiencia y de conocimientos entre los trabajadores de las localidades lejanas y los del centro; todo esto ha dado al Congreso la medida suficiente de la posibilidad de formular sus decisiones sobre los temas sometidos a la orden del día.

La mayoría del Congreso (con excepción del pequeño grupo de algún *novosinisti*, secuaces de la *Novaya Zvezda* de Gorki, *sindicalistas*, *social-revolucionarios de la izquierda* y del compañero Riasanov que «formaba su partido»), perteneció a los comunistas (bolshéviks) y la lucha sobre los temas fundamentales se realizó entre comunistas de la derecha y de la izquierda; estos últimos estaban en minoría, teniendo para toda una serie de temas sus relatores, y para ciertos problemas propusieron sus resoluciones, aunque ninguna haya sido aprobada, ni haya obtenido un número considerable de votos.

¿Cómo juzgar al Congreso y la situación económica de Rusia? (1).

La situación económica de Rusia es extremadamente penosa; nadie tiene intenciones de negarlo. Pero en la apreciación del grado de este estado penoso y en la apreciación de las reservas económicas existentes en el país y sobre la base de las cuales debe ser edificada nuestra actividad económica y nuestra lucha por el porvenir se ha manifestado una divergencia esencial de miras.

Después que algunos (los compañeros Lenin y Radeck, además del autor de estas líneas), se esforzaron por poner en claro los fundamentos positivos de la situación económica actual, otros (el compañero Obolensky como los compañeros Riasanov, Gaster, Pletnev) señalaron el estado catastrófico y la complejidad efectiva de la situación.

Conocer nuestra situación significa saber lo que debéis hacer y como debéis hacer. El arquitecto no puede construir un edificio sin saber de qué materiales dispone, el ingeniero no puede trazar un ferrocarril sin estudiar la región, nosotros no podemos construir un nuevo edificio social y abrir nuevos caminos sin saber exactamente lo que poseemos y hacia dónde debe dirigirse nuestro camino.

Sin una exacta apreciación de la situación económica, es imposible trazar un programa económico exacto.

Señalar únicamente «el estado catastrófico» y renunciar a la comprobación de la base real sobre la cual construimos nuestra política económica, significa escharbar el terreno bajo los pies de un programa económico cualquiera y renunciar, desde el comienzo, a todas las conquistas en el terreno de la acción positiva. La mayoría del Congreso no podía, evidentemente, colocarse en un punto de vista semejante, y no se ha colocado.

En la esfera de la situación económica se tuvo que comprobar ante todos el cambio sobrevenido en la vida económica del país, gracias a la pérdida de Ucrania y de Polonia. Este hecho de importancia primordial está señalado en las relaciones de Radeck y de Lomov, además de las relaciones sobre la «Situación económica de Rusia» (Miliukin) y en toda una serie de otras relaciones.

«Nosotros hemos perdido» — dice el compañero Radeck — la cuenca de Donetz que nos suministraba la «goa» y el carbón, hemos perdido el 90 por ciento de las industrias

(1) Para las cuestiones concernientes a la situación económica de Rusia, los discursos principales pronunciados en el Congreso, son los siguientes: el compañero Lenin el discurso de apertura, los compañeros Radeck y Lomov sobre las consecuencias del tratado de Brest, los compañeros Miliukin y Obolensky sobre la situación económica de Rusia, los compañeros Sokolnikoff, Tsenkowsky y Smirnov, sobre la situación financiera y las relaciones regionales por los compañeros Volevodine (Siberia), Andronikoff (Urales), Molotow (Norte), etc.

de las refinerías, hemos perdido las regiones de las cuales Rusia recibía el excedente de trigo que ayudaban a nuestro balance comercial».

Con la separación de Ucrania hemos perdido 516 millones de *puds* de trigo, en calidad de excedente, hemos perdido el carbón del cual deberíamos recibir de 200 a 350 millones de *puds* de Ucrania, hemos perdido una parte de nuestra «goa», de nuestro acero y de nuestro hierro. ¿Se deduce de todo esto que reconocemos nuestro «estado catastrófico»? Estamos lejos de esto.

La modificación de las fronteras no hará más que provocar un apartamiento de la industria central hacia los Urales y la Siberia. Lo que perdemos con la separación de Ucrania puede ser compensado por el desarrollo de la producción en regiones como la de los Urales y de la Siberia occidental.

Disponemos de cantidades excedentes de trigo en Rusia central, como en Siberia, como en el Cáucaso, que forman — en su total general — más de 200 millones de *puds* (hasta la nueva cosecha). Podemos disponer carbón de 200 a 350 millones de *puds*, en la Rusia de los Soviets. «Goa» de 60 a 70 millones de *puds*, acero y hierro, 82 a 83 millones de *puds*. En fin, tenemos en nuestras manos la industria textil íntegra.

Contra la intervención en Rusia

Discurso pronunciado por Ernest Lafont en la Cámara Francesa, el 24 de Marzo, 1919

La horca en Jousovska

«Al presidente del Consejo Municipal de Sínveropol (ciudad enviada al presidente del Congreso de las ciudades). En la ciudad de Jousovska, pequeña ciudad industrial de la región del Don, comparable a Cressot, ciudad exclusivamente industrial.

«En la ciudad de Jousovska, que en estos días ha sido separada del distrito de Bakhmont para ser anexada a la región del Don, ha sido publicada la orden del saqueo Gírov...» — se llaman ensayos los conejos de los cosacos — «... comandante del distrito de Makevsky, con fecha 11 de Noviembre, número 2431, cuyo contenido es el siguiente»: Escuchando esta lectura, pensad que todo esto no es allá un hecho aislado esperando también una más amplia documentación, yo podría haber traído tres o cuatro textos semejantes, emanados de otras autoridades delegadas del general Denikin o del general Krasnoff.

«Con el presente telegrama, dice el coronel Gírov, transmito los despachos que he recibido:

1. — Interdigo apresar a los obreros, pues ordeno fusilarlos y ahorcarlos» (Ritas sónicas de la extrema derecha).

No es como para reírse, señores, de estas infamias lujuriosas; si no pueden ser acogidas con la indignación justificada que nosotros tendríamos el derecho de manifestar en todas partes que merezcan, por lo menos en este recinto, la indignación contenida que nosotros tenemos el derecho de manifestar.

11. — Ordeno que se abroquen a todos los obreros actualmente encarcelados. La horca se efectuará en las calles principales, dejándolos suspendidos tres días».

Los testimonios de este hecho, me han declarado que ellos han podido comprobar la presencia de cadáveres que perdían después de tres días, en las numerosas horas que fueron levantadas en las calles.

En la extrema izquierda. — ¡Y esto en nombre de Francia!

Lafont. — «Por cada cosaco muerto, yo ordeno se ahorque en la aldea de Stepanovska a diez habitantes e imponer una indemnización de 200,000 rublos.

«Por la captura de un oficial, ordeno se incendie la aldea en su totalidad. Ordeno se prosiga contra los obreros las represiones más energéticas».

Aunque se suponga un aislamiento completo de Rusia, ella, por el lado económico podrá ser plenamente dueña de la situación, gracias a las riquezas existentes. Es cierto que las circunstancias políticas pueden derribar estos cálculos, como en general pueden destruir todo, pero esto no concierne al estudio actual de la posición económica.

Además, el aislamiento de Rusia es también bastante problemático y el compañero Radeck tiene perfectamente razón cuando dice: «la paz de Brest ha puesto fin al aislamiento en el cual se encontraba Rusia desde la revolución de Octubre».

Esto obliga a la Rusia socialista a buscar relaciones económicas con otros países. Más aún, debemos tener presente la cesación de la guerra mundial, respecto a Rusia.

La guerra absorbía del 60 al 70 por ciento de toda la producción: la «goa», el acero, el hierro, el cuero, los tejidos, etc., etc., servían para preparar los objetos necesarios para la guerra, (obuses, piezas de artillería, etc.) Este colosal gasto improductivo de las riquezas populares actualmente cesa y se presenta la posibilidad de utilizarlas para las necesidades productivas del país.

(Continuará.)

Panct. — Se diría que han sido los alemanes quienes dieron estas órdenes.

Lafont. — Este hecho es suficiente por sí solo, para que no busquemos de agregar nuestros comentarios. «Yo ordeno ahorcar y de exhibirlos durante tres días, uno sobre diez de los obreros anteriormente detenidos». Y el telegrama enviado al Congreso continúa: «En las calles de Jousovska penden aún los cadáveres de algunos obreros, cuya ejecución ha sido ordenada por el coronel Gírov. El Consejo municipal de Bakhmont, en su sesión del 21 de Noviembre, ha votado una protesta de las más energéticas y decidió comunicarla a los zemtstvos, rogándoles hagan conocer a los aliados el contenido de los documentos llegados a Crimea». «Además...» — agrega la orden del día que resume los debates del Congreso de los zemtstvos — «... además, se ha dado lectura en el Congreso de una orden del general Denissor, publicada en el diario *Nach Goloss*, número 11, del 15 de Noviembre del corriente año». Yo no poseo estas órdenes, pero, después de lo que tengo en las manos, es probable que repitan instrucciones análogas a las que os he leído.

«Las municipalidades democráticas siempre han protestado de la manera más energética, contra los fusilamientos y ejecuciones sumarias vengas, de donde vinieran. También en las condiciones de la guerra civil, el Congreso no puede encontrar excusas a una ejecución sangrienta a cargo de personas insospechables de haber cometido delito alguno.

«El Congreso está indignado por la ejecución de personas declaradamente inocentes, a quienes se les hace responsables de delitos cuyos autores no han sido descubiertos».

«El Congreso ruega que se verifiquen los hechos comunicados y hace un llamado a los sentimientos de justicia y de humanidad de la asamblea de los cosacos del Don, y manifiesta la esperanza de que las inútiles e insensatas crueldades, cometidas por las unidades separadas, cesarán».

La obra de Denikin

He aquí, señores, con un ejemplo que nosotros podríamos apoyar con otros ejemplos más, que demostramos a base de testimonios verídicos, lo que acontece en Rusia, en la Rusia del Sud; he aquí lo que hace el general De-

nikin, aquel a quien vosotros ayudáis, puesto que si aceptase los desmentidos de Abramí que pretende que se han remediado las violencias inútiles o comprometedoras del general Brulard; si yo aceptase su tesis, no podríamos negar que antes de la orden del día escandalosa del general Brulard, existían circulares del señor Clemenceau, dirigidas a todos los cuerpos en los cuales se encontraban tropas rusas, que prescribían se iniciara al enrolamiento de los hombres en el ejército de Denikin, ese ejército que ha saqueado a Crimea y que Cachin, calífico, más justamente, de ejército de bandidos.

Existe, entre esa gente, oficiales del antiguo régimen, los cuales, desde el punto de vista social, son adversarios. Al lado de ellos, se encuentra todo el revoltijo de los Cien Negros de primera, de estas viejas bandas, que no pudiendo saquear por cuenta del zar, que no pudiendo asesinar por cuenta del zar, saquean y asesinan por cuenta de Denikin y de la República Francesa, que corre con los gastos de la aventura. He aquí lo que es vuestro Denikin.

Moutet. — ¿Queréis permitirme una palabra?

Lafont. — Voluntariamente.

Moutet. — Esto prueba que el gobierno francés protege al general Denikin y cubre las atrocidades cometidas por él detrás de las instrucciones dadas a la Censura.

La censura francesa al servicio de la reacción rusa

Yo no tengo aquí, pero lo podré traer a la Cámara, el diario la *República Rusa*, publicado en París por los republicanos rusos, que han organizado la lucha contra los bolshéviks. Este diario se esfuerza por poner en guardia a nuestro gobierno, contra el general Koltchak y Denikin.

En términos moderados, en su pequeño diario, explican los hechos que se efectúan allá, y piden a la República Francesa que no se solidarice con los generales del antiguo régimen.

La Censura ha recibido la orden de suprimir en estos diarios, todo lo que concierne al general Koltchak y Denikin. En efecto, nada ha aparecido.

Lafont. — En el momento en el cual Moutet quiso interrumpirme, traía a la Cámara, como argumento secundario, lo que él ha dicho. El gobierno es tan cómplice de los reaccionarios, que a pesar de la oposición unánime del país, que intenta reconquistar a Rusia, en los diarios franceses no se puede decir una sola palabra en contra de ellos. El diario del cual ha hablado Moutet, la *República Rusa*, entre otros, puede decir todo lo que quiera contra los bolshéviks. Este diario es antibolshévik y no lo oculta. Pero a su vez es profundamente anti-reaccionario y no desea volver a ver los días atroces del zarismo. Todo lo que él dice contra los bolshéviks pasa; la Censura lo ve pasar con complacencia y le acompaña con una pequeña bendición. Toda vez que se escribe una palabra, no sólo contra el zarismo y contra Denikin o Koltchak, sino contra el zarismo de antaño, la Censura carece de piedad; corta y suprime.

El germanófilo Krasnov, favorecido por el Gobierno francés

¿Queréis un ejemplo? no quiero ofreceros más que este, el más evidente. Se trata del párrafo de un documento, cuya lectura os demostrará la germanofilia evidente del general Krasnov, uno de nuestros aliados de hoy, uno de aquellos a quienes enviasteis dinero, municiones, fusiles; uno de aquellos a quienes permitisteis, para sus infames designios reaccionarios, derramar impunemente la sangre de los soldados franceses. He ahí quién es Krasnov.

Bedouce. — Y el cómplice.

Lafont. — He aquí lo que Krasnov ha escrito. La *República Rusa* ha querido publicar esta carta: La Censura ha suprimido íntegramente el documento.

No es posible en la prensa mostrar a los rusos ni a los franceses de Francia la política que se ha seguido allá, ni la manera con la cual se «alian» a los peores bandidos de la vieja reacción. («*Muy bien!* ¡*muy bien!*» en la extrema izquierda). Es, pues, un deber nuestro hacer luz. Nosotros no debemos facilitar vuestra obra, porque la creemos

contraria a los intereses del país. Yo no leeré toda la carta, que ha sido escrita en Julio de 1918 al feld-mariscal Eischorn (en el texto está escrito Eisegorn, porque la letra *h* es reemplazada corrientemente por los rusos por la letra *g*, lo que explica la ortografía de la *República Rusa*).

Tomó el texto del número 4 del diario *Bordas*, de Tiflis, aparecido el 5 de Enero de 1919, en este país georgiano que no es hostil a la Entente y que, actualmente, está bajo el control de las tropas inglesas.

«En este momento, estoy en camino, dice el general Krasnov, de preparar a la opinión pública para una lucha activa contra los checo-eslovacos, en el caso que éstos abrigaran la idea de pasar las fronteras de la región del Don.

«Yo procuro igualmente desarrollar y fortalecer las relaciones amistosas entre las poblaciones cosacas y las tropas alemanas sobre el territorio del Don. Ruego a Vuestra Excelencia crea en la sinceridad de mis sentimientos de amistad hacia los caballerescos pueblos alemanes».

He aquí lo que no está permitido estampar hoy en un diario francés.

Continúa la lectura:

«Debo confesar que me resulta cada día más difícil calmar a los cosacos y dirigir la opinión pública en favor de Alemania, manteniendo, por así decir, una orientación alemana».

Y más adelante:

«He aquí, Excelencia, todo lo que creo necesario comunicaros. Os ruego creáis que deseo sinceramente, aliado con el pueblo alemán, no dejar penetrar a los checo-eslovacos en el territorio del Don».

No sólo habla, sino que obra, este nuevo amigo que vosotros amáis tiernamente!

En la extrema izquierda. — ¡Es un aliado!

Lafont. — «Pero no podré realizarlo sino cuando toda la población vea que nosotros tenemos en el pueblo alemán hombres y aliados y no enemigos que ocupan la tierra del Don».

Y prosigue en su pequeño recado, este bravo general. ¿Continúan actualmente y con el mismo provecho?

«Entonces podréis estar seguros que el ejército del Don, con él toda la unión del Don y del Cáucaso, serán conquistados y os será agradecido y no os traicionará jamás».

«Vosotros podréis estar asegurados» — escuchad bien, se trata de consideraciones militares — «en vuestra retaguardia en Ucrania, y por nuestro flanco derecho, en caso que las potencias de la Entente restablecieran seriamente el frente oriental. Por nuestra cuenta amenazaremos al flanco izquierdo».

Longuet. — Eran los Soviets los sedicentes amigos de Alemania!

Lafont. — Esta cita característica os hace ver lo que valen los gobiernos de aventuras y de dictadura que, sostenidos actualmente en Rusia. Es fácil enumerarlos: Denikin es aquel del cual habéis hablado hace un instante y que ha logrado por su actitud y la de los suyos, poner a Odesa contra nosotros. Es necesario decir que vuestros agentes militares han ayudado en ese sentido.

Sobre el Don, Krasnov, a quien conocéis y que, como Denikin hace ahorcar y fusilar, sin contarlos a los socialistas y a los obreros. ¿Comprendéis, entonces, la resistencia y creéis que nos es necesario ser bolshéviks para no querer ser ahorcados? ¿Qué concepción tenéis de la mentalidad popular? ¿Desde cuánto tiempo vuestra elevación repentina al poder os ha hecho olvidar los consejos que habéis aprobado otras veces al lado del señor Clemenceau, que quizás habréis recibido en su escuela? («*Muy bien!*»)

En nuestra época el pueblo no acepta ser atormentado así. No quiere dar sus reservas cuando ignora para lo que pueden ser utilizadas, o cuando son empleadas en propósitos que no le agrada. Particularmente, no quiere dar su vida y permitir que se restablezca, sobre los cadáveres acumulados, los tronos de un tiempo.

Concluyo con una rápida mirada sobre la Siberia. Existe el mismo régimen, bajo la protección del general Janin. Tenéis el derecho de no conocerlo, puesto que no ha sido enviado por vosotros, pero existe también el señor Regnault, que quizás lo habéis enviado, a menos que no haya sido acreditado por el mikado, pues creo que ha venido del Japón. (*Risas en la extrema izquierda*).

(Continuará).

En venta:

NICOLAS LENIN

La Lucha por el Pan

LEON TROTZKY

Trabajo, orden y disciplina
salvarán la República Socialista

Precio: 0.20 ctvs.

A cantidades mayores se hace el 20 o/o de descuento.

Pedidos a José N°o, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

El 10 de Mayo
aparecerá el folleto de Carlos Radeck
El desarrollo
del Socialismo

DE LA CIENCIA A LA ACCION

EN PREPARACION:

Las nuevas Cartas
de JACQUES SADOUL

En venta el folleto:
del Capitán JACQUES SADOUL

Ex-miembro de la
Misión Militar Francesa en Rusia

Dos cartas a Romain Rolland

Una obra gigantesca
cumplida por gigantes

(CARTA DIRIGIDA A JEAN LONGUET)

Pedidos a JOSE N°o:
Casilla de Correo 1160, Bs. Aires

Apareció el folleto
Spartacus

Propósitos, objetivos y aventuras

SUMARIO: La Unión «Spartacus», (programa y objetivo). Manifiesto de los espartaquistas a los trabajadores del mundo. Cómo cayó Spartacus. Cómo pereció la «Rosa Roja». El proceso de los asesinos.

precio del ejemplar \$ 0.20

A cantidades mayores se hace el 20 o/o de descuento. Pedidos a José N°o, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

PIDALO EN LOS KIOSKOS

BIBLIOTECA «DOCUMENTOS DEL PROGRESO»

- Nicolás Lenin. — La victoria del Soviet. — John Reed. — Cómo funciona el Soviet (agotado)
Jacques Sadoul. — Una obra gigantesca cumplida por gigantes > 0.10
Nicolás Lenin. — La lucha por el pan. — León Trotzky. — Trabajo, orden y disciplina salvarán la República Socialista > 0.20
León Trotzky. — El advenimiento del bolshevismo. (Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk) > 1.00
Spartacus. — Propósitos, objetivos y aventuras > 0.20

A estos precios deberán agregarse los gastos de franqueo.

EN NUMEROS SUCESIVOS SE PUBLICARAN ENTRE OTROS ~~EN~~

TERESANTES TRABAJOS, LOS SIGUIENTES:

N. Lenin. — El porvenir del Soviet.

H. Barbusse. — La voluntad de los vetera nos de la guerra.

C. Nikolsky. — La República Rusa de los Soviets.

Nicolás Bukharin. — Iglesia y Escuela en la República de los Soviets.

Felipe Price. — El sistema de los Consejos en Rusia.

El movimiento obrero en los Estados Unidos hacia la izquierda.

N. H. Brailsford. — ¿Parlamento o Soviet?

Eugenio Varga. — Los problemas del Soviet húngaro.

El programa agrario del Partido Comunista de Alemania.

León Trotzky. — El porvenir de la guerra y de la paz.

L. Larin. — La acción económica del poder de los Soviets.

R. Arsky. — El control obrero en Rusia.

La correspondencia y giros, dirigirla a nombre del administrador

José Nó, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

SUSCRIPCION

Semestre	\$	2.00
Año	"	4.00
Precio del ejemplar	"	0.20

Pídalo en los kioskos y a los revendedores

Hágase suscriptor

A NUESTROS LECTORES

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que existen disponibles números atrasados, a excepción de los cuatro primeros que se hallan agotados. Los interesados pueden solicitarlos enviando su importe a Casilla de Correo 1160.